

LAS PRIMERAS UTOPIAS DESPOTICAS

por PAUL JOHNSON * **

Lenin salió de Zurich para regresar a Rusia el 8 de abril de 1917. Algunos de sus camaradas del exilio lo acompañaron a la estación, discutiendo con él. Debía regresar viajando a través de Alemania por invitación del general Ludendorff, que le garantizó el derecho de paso con la condición de que en el camino no conversara con los sindicalistas alemanes. La guerra engendra revoluciones. Y provocar revoluciones es una forma muy antigua de la guerra. Los alemanes denominaban a esto la *Revolutionierungspolitik*. Si los Aliados podían incitar a los polacos, los checos, los croatas, los árabes y los judíos a que se levantaran contra las potencias centrales y sus asociados, los alemanes a su vez podían incitar a los irlandeses y los rusos, y lo hicieron. Si los alemanes utilizaban a Lenin, según dijo Churchill después, “como un bacilo de la tifoidea”, en todo caso no le asignaban especial importancia, y lo reunieron con un grupo de treinta exiliados y descontentos. Los camaradas que discutían pensaban que Lenin se comprometía al aceptar la ayuda alemana, e intentaron disuadirlo de la idea del viaje. El los apartó sin dignarse hablar, y trepó al tren. Era un hombrecito áspero, de cuarenta y seis años, casi calvo, pero (de acuerdo con el hijo de su dueña de casa en Zurich) con un cuello “como el de un toro”. Cuando entró en el vagón, inmediatamente vio a un camarada que le pareció sospechoso: “Vimos de pronto que Lenin lo aferraba por el cuello de la chaqueta y... lo arrojaba a la plataforma”.

En Estocolmo, el camarada Karl Radek le compró un par de zapatos, pero Lenin rechazó otras prendas, y observó agriamente: “No viajo a Rusia para abrir una sastrería”. Cuando llegó a Beloostrov, en suelo ruso, durante las primeras horas del 16 de abril, fue recibido por su hermana María, y por Kamenev y Stalin, que habían estado a cargo del periódico bolchevique *Pravda*. Se desentendió totalmente de su hermana, y de Stalin, a quien no conocía, y no saludó a su antiguo camarada Kamenev, a quien no veía desde hacía cinco años. En cambio, le gritó: “¿Qué estuvieron escribiendo ustedes en *Pravda*? Vimos algunos de los artículos y los criticamos de cabo a rabo”. Más avanzada esa misma noche, llegó a la estación de Finlandia, en Petrogrado. Le ofrecieron un ramo de rosas y lo llevaron a la sala de espera del zar. Allí inició el primero de una serie de discursos, uno de ellos pronunciado, con las rosas todavía en la mano, desde el techo de un carro blindado. El último se prolongó dos horas, y “agitó y aterrorizó a su público”. Rompía el alba cuando concluyó. Fue a acostarse, dijo su esposa Krupskaya, casi sin decir palabra.

* PAUL JOHNSON: Historiador británico. Autor de numerosos libros: *A History of the Modern World*, *Intellectuals*, *A History of the Jews*, entre otros.

** Este artículo corresponde a la reproducción del segundo capítulo del libro “Tiempos Modernos”, Javier Vergara Editor S.A.

La sombría falta de humanidad que mostró Lenin cuando regresó a Rusia para realizar su tarea revolucionaria era característica de este hombre unilateral. Vladimir Ilich Ulyanov nació en 1870 en Simbirsk, a orillas del Volga, y era hijo de un inspector de escuelas primarias. Cuando Lenin tenía dieciséis años ahorcaron a su hermano mayor Alexander, por conspirar para volar al zar con una bomba que él mismo había preparado. La reacción que se le atribuye frente a la muerte de su hermano: "Jamás llegaremos a nuestra meta por ese camino", probablemente es apócrifa, pues en realidad Lenin no se convirtió en marxista (una postura que implicaba desautorizar el terrorismo) hasta más tarde, después de ser expulsado de la Universidad de Kazán por sus "actividades revolucionarias". Su hermana Anna afirmó que la ejecución de su hermano lo "endureció". Ciertamente, ahora y hasta el fin de su vida la política lo obsesionó, y su enfoque fue siempre cerebral más que emotivo. Los contemporáneos aluden a su "falta de sociabilidad", su "reserva excesiva" y sus "modales distantes". Cuando tenía veintidós años, disuadió a varios amigos de la idea de recolectar dinero para las víctimas del hambre, con el argumento de que "el hambre cumple una función progresista", y lograría que "los campesinos reflexionen acerca de los hechos fundamentales de la sociedad capitalista". Un año o dos después se había posesionado de una maleta de doble fondo para importar libros sediciosos, y el descubrimiento de este objeto determinó que se le aplicase una sentencia de tres años en el destierro siberiano. Los pocos días que precedieron al comienzo de su exilio los pasó en la Biblioteca de Moscú, anotando hechos y estadísticas que le permitieran demostrar sus teorías. En Siberia contrajo matrimonio con Krupskaya, otra subversiva.

Los hombres que realizan las revoluciones políticas parecen dividirse en dos grupos principales, el clerical y el romántico. Lenin (adoptó este seudónimo literario en 1901) pertenecía a la primera categoría. Sus padres eran cristianos. La religión era importante para él, en el sentido de que la odiaba. A diferencia de Marx, que la despreciaba, y que la trataba como un fenómeno marginal, Lenin entendía que era un enemigo poderoso y ubicuo. Aclaró en muchos escritos (su carta a Gorki, el 13 de enero de 1913 es un ejemplo notable), que experimentaba un intenso desagrado personal por todo lo que fuese religioso. "No puede haber nada más abominable" escribió, "que la religión". Desde el principio, el Estado que él creó, organizó y mantiene hasta hoy una enorme máquina de propaganda académica dirigida contra la religión. No era meramente anticlerical como Stalin, que experimentaba antipatía hacia los sacerdotes porque eran individuos corruptos. Por lo contrario, Lenin no manifestaba sentimientos reales con respecto a los clérigos corruptos, porque a éstos resultaba fácil derrotarlos. Los hombres a quienes temía y odiaba realmente, y a los que después persiguió, eran los santos. Cuanto más pura la religión, más peligrosa. Argüía que un clérigo abnegado tiene una influencia mucho mayor que uno egoísta e inmoral. Era necesario reprimir, no a los clérigos comprometidos con la defensa de la explotación, sino sobre todo a los que expresaban su solidaridad con el proletariado y los campesinos. Era como si identificara en el verdadero hombre de Dios un celo y un espíritu idénticos a los que lo animaban, y deseara expropiar y utilizar esas cualidades en beneficio de su propia causa. No hay hombre que personifique mejor que Lenin la sustitución del impulso religioso por la voluntad de

poder. En una etapa anterior, sin duda habría sido un líder religioso. Con su apasionada inclinación a la fuerza podría haber actuado en las legiones de Mahoma. Incluso quizás estaba más cerca de Juan Calvino, con su confianza en la estructura de la organización, su capacidad para crearla y después dominarla totalmente, su puritanismo, su apasionada convicción de la propia virtud, y sobre todo su intolerancia.

Krupskaya atestigua su ascetismo, y nos dice que renunció a todas las cosas que le interesaban —el patinaje, la lectura del latín, el ajedrez, incluso la música— para concentrarse exclusivamente en el trabajo político. Un camarada comentó: “Entre nosotros, es el único que vive la revolución las veinticuatro horas del día”. Lenin dijo a Gorki que se negaba a escuchar música con frecuencia porque “la música nos induce a decir cosas estúpidas y agradables, y a acariciar la cabeza de la gente que puede crear tanta belleza al mismo tiempo que vive en este perverso infierno. Pero uno no debe acariciar la cabeza de nadie, porque puede terminar con la mano mordida”. Tenemos que suponer que lo que impulsó a Lenin a hacer lo que hizo fue un ardiente humanitarismo, afín al amor de los santos por Dios, pues no padecía ninguno de los defectos usuales de los ambiciosos políticos: no tenía vanidad, ni conciencia de su importancia, ni complacencia evidente en el ejercicio de la autoridad. Pero su humanitarismo era una pasión muy abstracta. Abarcaba a la humanidad en general, pero según parece sentía escaso amor, o siquiera interés, por la humanidad en particular. Veía a las personas con quienes trataba, sus camaradas, no como individuos, sino como receptáculos de sus ideas. Los juzgaba sobre esa base, y no sobre otra cualquiera. Por lo tanto, no aplicaba una jerarquía basada en los sentimientos de amistad; de hecho carecía de amistades, y sólo tenía alianzas ideológicas. Juzgaba a los hombres no por sus cualidades morales, sino por sus opiniones, o más bien por el grado en que ellos aceptaban las suyas. No guardaba rencor. Un hombre como Trotsky, con quien polemizó agriamente durante los años que precedieron a la Gran Guerra, y con quien cambió los más bajos insultos, fue bien recibido, con amable cordialidad, tan pronto aceptó el punto de vista de Lenin. Asimismo, ningún colega, por cercano que fuese, podía afirmar que tenía un lugar especial, por mínimo que fuese, en el corazón de Lenin.

Fue el primer ejemplar de una nueva especie: el organizador profesional de la política totalitaria. A partir de la temprana adolescencia, al parecer, nunca concibió la posibilidad de que otro tipo cualquiera de actividad humana valiese la pena. Como un anacoreta, volvió la espalda al mundo común. Rechazó con desdén la sugerencia de su madre de que se consagrara a la agricultura. Durante unas pocas semanas se desempeñó como abogado, y odió la experiencia. Después, jamás tuvo otro tipo cualquiera de empleo o profesión, pues su periodismo fue puramente una función de su vida política. Y su política era hierática, no demótica. Lenin estaba rodeado de publicaciones oficiales, y trabajos de historia y economía. No hacía esfuerzos para informarse directamente de las opiniones y las condiciones de las masas. La idea de extraer muestras de opinión de un electorado consultando casa por casa le parecía un anatema: “anticientífico”. Nunca visitaba una fábrica o ponía el pie en una granja. No le interesaba el modo de creación de la riqueza. Nunca se lo vio en los barrios obreros de las ciudades en que residía. Pasó la vida entera en el ambiente de los miembros de su propia subclase, la

intelectualidad burguesa, a la que veía como un sacerdocio peculiarmente privilegiado, dotado de una gnosis especial y elegido por la Historia para representar un papel decisivo. El socialismo, escribió, citando a Karl Kautsky, era el producto de un “conocimiento científico profundo”. El vehículo de esta (ciencia) no es el proletariado, sino la intelectualidad burguesa: el socialismo contemporáneo nació en las cabezas de miembros individuales de esta clase.

¿Miembros individuales, o cierto miembro? En la práctica, fue lo segundo. Durante los veinte años que precedieron a su Revolución, Lenin creó su propia facción en la corriente socialdemócrata, es decir, los bolcheviques, la dividió de los mencheviques, o minoría, y después se convirtió en amo absoluto de ella. Este proceso, la voluntad de poder en acción, ha sido bien documentado por sus camaradas de espíritu más crítico. Plejanov, el auténtico creador del marxismo ruso, a través de cuya organización *Iskra*, Lenin se destacó por primera vez, lo acusó de “promover un espíritu sectario de exclusivismo”. Estaba “confundiendo la dictadura del proletariado con la dictadura sobre el proletariado”, y tratando de crear “un bonapartismo o quizás una monarquía absoluta de antiguo cuño prerrevolucionario”. Vera Zasulich manifestó que, poco después que Lenin se incorporó a *Iskra*, ésta dejó de ser una familia de miembros unidos por lazos amistosos, para convertirse en una dictadura personal. Escribió que la idea de Lenin acerca del partido era la idea de Luis XIV acerca del estado, *¡moi!* El mismo año, es decir, 1904, Trotsky afirmó que Lenin era un Robespierre, y un dictador terrorista que trataba de convertir la dirección del partido en un comité de seguridad pública. Los métodos de Lenin, escribió Trotsky en su folleto *Nuestras tareas políticas* eran “una mala caricatura de la trágica intransigencia del jacobinismo... la organización del partido reemplaza al partido, el comité central reemplaza a la organización y, finalmente, el dictador reemplaza al comité central”. Seis años después, en 1910, madame Krzhizhanovskaya escribió: “Aquí tenemos a un hombre contra todo el partido. Está arruinándolo”. En 1914, Charles Rappaport, aunque elogió a Lenin como un “organizador incomparable”, agregó: “Pero cree que es el único socialista... Declara la guerra a todos los que discrepan con él. En lugar de combatir con métodos socialistas, es decir, mediante argumentos, a sus antagonistas en el Partido Socialdemócrata, Lenin utiliza sólo métodos quirúrgicos, los que, ‘provocan derramamiento de sangre’. Un partido no puede existir bajo el régimen de este zar socialdemócrata, que se cree un supermarxista, pero que en realidad es nada más que un aventurero de alta jerarquía”. Su veredicto: “La victoria de Lenin sería la más grave amenaza a la Revolución Rusa... él la asfixiará”. Dos años después, en vísperas de la Revolución, Viacheslav Menzhinsky afirmó de Lenin que era un “jesuita político... este hijo ilegítimo del absolutismo ruso... el sucesor natural del trono ruso”.

La impresionante unanimidad de los análisis críticos sobre Lenin, formulados durante un período de veinte años por hombres y mujeres que mostraban estrecho acuerdo con los objetivos del propio Lenin, atestigua una impresionante consecuencia en el carácter del jefe ruso. No hizo caso de los ataques, los cuales, al parecer, nunca lo movieron a detenerse o a reconsiderar su posición, siquiera fuese durante un segundo. La armadura de su personalidad no mostraba grietas. ¿Autoritario? Por supuesto: “Los partidos

dirigen a las clases, y a su vez son dirigidos por individuos a quienes se denomina jefes... Este es el ABC. A veces un dictador realiza la voluntad de una clase". Lo que importaba era que el individuo ungido, el hombre elegido por la Historia para poseer la gnosis del momento designado, comprendiese y fuese capaz de interpretar los textos sagrados. Lenin siempre insistía en que el marxismo era idéntico a la verdad objetiva. "De la filosofía del marxismo", escribió, "fundida como una pieza de acero, es imposible retirar una sola premisa básica, una sola parte esencial, sin desviarse de la verdad objetiva". Dijo a Valentinov: "El marxismo ortodoxo no requiere ningún tipo de modificación, sea en el campo de la filosofía, o en su teoría de la economía política, o en su teoría del desarrollo histórico". Como pensaba así, y creía ser el intérprete designado, más o menos del modo que Calvino interpretaba la escritura en sus *Institutes*, Lenin se inclinaba a considerar la herejía con ferocidad aún mayor que la que demostraba hacia el infiel. De ahí la sorprendente virulencia de los agravios que arrojaba constantemente a la cara de sus antagonistas en el partido, atribuyéndoles los más bajos motivos posibles y tratando de destruirlos como seres morales, incluso cuando estaban en juego solamente puntos doctrinarios de carácter secundario. El tipo de lenguaje usado por Lenin, con sus metáforas de la jungla y el fundo rural, y su negativa brutal a realizar el más mínimo esfuerzo de comprensión humana, recuerda el *odium theologicum* que envenenó las disputas cristianas acerca de la Trinidad durante los siglos VI y VII, o de la Eucaristía durante el siglo XVI. Y, por supuesto, cuando el odio verbal había llegado al punto culminante, era probable que más tarde o más temprano se vertiese sangre. Como observó tristemente Erasmo al referirse a los luteranos y los papistas: "La prolongada guerra de las palabras y los escritos acabará en golpes", como en efecto sucedió durante un siglo entero. Lenin no se sentía en absoluto desalentado por esa perspectiva. Del mismo modo que los teólogos disputadores creían que estaban tratando asuntos que, por triviales que pudieran parecer a los no iniciados, de hecho determinarían si innumerables millones de almas se quemarían o no en el Infierno por toda la eternidad, así Lenin sabía que la gran división de aguas de la civilización estaba cerca, y que en esa coyuntura el destino futuro de la humanidad sería decidido por la Historia, y que él mismo representaría el papel del profeta. La cosa bien merecía un poco de sangre; más aún, mucha sangre.

Pero lo extraño del caso es que, pese a toda su proclamada ortodoxia, Lenin estaba muy lejos de ser un marxista ortodoxo. Más aún, en ciertas cuestiones esenciales no fue en absoluto marxista. A menudo utilizó la metodología de Marx y aprovechó la dialéctica para justificar conclusiones a las que ya había llegado por vía intuitiva. Pero dejó completamente de lado la esencia misma de la ideología de Marx, el determinismo histórico de la revolución. En el fondo, Lenin no era un determinista, sino un voluntarista. El papel decisivo estaba a cargo de la voluntad humana: la suya. Ciertamente, por tratarse de un hombre que afirmaba un conocimiento "científico" especial del desempeño de las leyes de la Historia, parece que, en forma invariable se vio sorprendido por el sesgo concreto de los hechos. El estallido en Rusia de la abortada Revolución de 1905 lo asombró. El comienzo de la guerra de 1914 fue para él como un rayo en el cielo sereno; lo mismo les sucedió a otros, pero éstos no pretendían mantener una comunicación

privada con la Historia. Lo conmovió todavía más la incapacidad total del movimiento socialista internacional para unirse contra la guerra. La caída del zar lo sorprendió. Se sintió conmovido cuando los alemanes le ofrecieron regresar a Rusia. Predijo que al llegar allí sería arrestado de inmediato, y en cambio descubrió que lo recibían con rosas. Nuevamente fue sorprendido, y también de un modo agradable, por el éxito de su propia Revolución. Pero el alzamiento internacional que él había pronosticado con fiabilidad no se materializó. Hasta el fin de sus días, como los cristianos primitivos que aguardaban el Segundo Advenimiento, esperó el Apocalipsis en un momento cualquiera. Lo que convirtió a Lenin en un gran actor en la escena de la historia no fue su comprensión de los procesos históricos, sino la rapidez y la energía con que aprovechó las oportunidades imprevistas que ella ofrecía. En resumen, fue lo que según sus acusaciones eran sus antagonistas: un oportunista.

Fue también un revolucionario de la cabeza a los pies, y de un tipo muy anticuado. Creía que las revoluciones eran resultado, no de las fuerzas históricas inexorables (por supuesto, también éstas debían manifestarse) sino de pequeños grupos de hombres muy disciplinados que respondían a la voluntad de un líder decisivo. En este sentido, tenía mucho más en común con la tradición revolucionaria de los jacobinos franceses de 1789-1795, e incluso con sus manifestaciones más recientes, por ejemplo Georges Sorel, que con los marxistas instintivos, la mayoría de ellos alemanes, que entendían que el triunfo del proletariado era casi un proceso evolutivo de corte darwiniano. Lenin atravesó como un cuchillo este tipo de pesantez: "Amigo mío, gris es la teoría pero verde es el árbol eterno de la vida". Y también: "La práctica es cien veces más importante que la teoría". Si Marx entero aparece en su libro, escribió Trotsky, "en cambio Lenin entero aparece en la acción revolucionaria. Sus obras científicas representan sólo una preparación para la actividad revolucionaria". Lenin era un activista, e incluso un hiperactivista, y este rasgo lo convirtió en una figura muy violenta. No era un sindicalista como Sorel. Pero los dos hombres compartían el mismo apetito de soluciones violentas, como lo reconoció más tarde Sorel cuando definió la violencia revolucionaria como "una doctrina intelectual, la voluntad de mentes poderosas que saben adónde van, la implacable decisión de alcanzar las metas finales del marxismo mediante el sindicalismo. Lenin nos ha suministrado un ejemplo notable de esa violencia psicológica". Estaba obsesionado por la fuerza, casi hasta el extremo de regodearse con su aroma. "Las revoluciones son los días de fiesta de las clases oprimidas". "Una clase oprimida que no se esfuerza por adquirir el conocimiento de las armas, por ejercitarse en el uso de las armas, por poseerlas, una clase oprimida de este tipo merece sólo que se la oprima, se la maltrate y se la considere esclava". Sus escritos abundan en metáforas militares: estados de sitio, anillos de hierro, planchas de acero, marchas, campamentos, barricadas, fuertes, ofensivas, unidades móviles, guerra de guerrillas, pelotones de fusilamiento. Están dominadas por violentos verbos activistas: llamar, saltar, encender, acicatear, disparar, sacudir, apoderarse, atacar, estallar, rechazar, soldar, obligar, purgar, exterminar.

En verdad, su propia impaciencia impedía a Lenin ser un marxista ortodoxo. Temía encontrarse en la dificultad prevista por Engels cuando

escribió: “Lo peor que puede sucederle al jefe de un partido extremista es verse obligado a asumir el gobierno en una época en que el gobierno aún no está maduro para el dominio de la clase a la que él representa... entonces se ve forzado a representar no a su partido o a su clase, sino a la clase para cuyo dominio las condiciones están maduras”. Rusia era un país semiindustrializado, donde la burguesía resultaba débil y el proletariado pequeño, y las condiciones objetivas de la revolución no estaban maduras, ni mucho menos. Este dilema llevó a Lenin a la herejía. Si aún no existía la “conciencia proletaria”, ¿no era tarea de los intelectuales marxistas como él acelerar el proceso? En 1902, en el libro *¿Qué hacer?*, usó por primera vez la expresión “luchadores de vanguardia”, para describir el nuevo papel de una nueva *élite* revolucionaria. Estableció una distinción completamente nueva entre una revolución promovida por una madura “organización de trabajadores”, en los países capitalistas avanzados como Alemania y Gran Bretaña, y una “organización de revolucionarios”, adaptada a las condiciones rusas. La primera era profesional, amplia, pública: en resumen, un partido proletario de masas. La segunda era muy distinta: “Una organización de revolucionarios debe incluir primero y principalmente a las personas cuya ocupación es la actividad revolucionaria... Resulta inevitable que esta organización no posea una estructura muy amplia, y que sus actividades se realicen con el mayor secreto posible”. Por eso mismo, la organización tenía que desechar el “principio democrático” que exigía la “publicidad amplia” y “la elección para todos los cargos”. Si se trabajaba en el marco de una autocracia como Rusia, eso era imposible: “El principal principio serio de organización de los trabajadores en nuestro movimiento debe ser el secreto más riguroso, la selección restringida de miembros y la formación de revolucionarios profesionales. Una vez presentes estas cualidades, se garantiza algo más que la democracia: la total confianza de camaradas entre los revolucionarios”. Pero en el mismo pasaje señala sombríamente que los revolucionarios saben “por experiencia, que para desembarazarse de un miembro indigno, una organización de auténticos revolucionarios no retrocede ante nada”. Si en caso de necesidad los camaradas deben asesinarsse unos a otros —un aspecto que Dostoievski ya había señalado en *Los Endemoniados*— ¿no podía afirmarse que esta “confianza entre camaradas” era una fantasía? Más aún, ¿este concepto no se vio desmentido por el destino de la organización tan pronto como Lenin se incorporó a ella, y todavía más cuando asumió su dirección?

Rosa Luxemburgo, la más talentosa y también la marxista alemana más ortodoxa, advirtió el carácter herético de la postura de Lenin: un problema tan grave que podía destruir el propósito y el idealismo del marxismo. Lo atribuyó a los defectos de carácter de Lenin, tanto en lo personal como en lo nacional: “El ‘ego’, aplastado y pulverizado por el absolutismo ruso”, escribió Luxemburgo, “reapareció en la forma del ‘ego’ del revolucionario ruso, que ‘se pone de cabeza y se autoproclama el poderoso realizador de la historia’”. Rosa Luxemburgo señaló que, de hecho, Lenin estaba reclamando poderes absolutos para la dirección del partido, y que esto “acentuaría del modo más peligroso el conservadorismo que es naturalmente un rasgo intrínseco de todos los organismos de este tipo”. Una vez otorgados, nunca sería posible rescatar tales poderes. Cuando Lenin insistía en que era necesario llevar desde fuera la “conciencia” al proletariado, y que la tarea estaba a

cargo de los “elementos de la vanguardia” y que la revolución debía ser promovida, antes de alcanzar el estado de madurez, por los “combatientes de vanguardia”, de hecho estaba contradiciendo toda la base “científica” de la teoría científica. Rosa Luxemburgo atacó la idea por elitista y antimarxista, y afirmó que conduciría, de manera inevitable, al “ultracentralismo militar”.

El leninismo no sólo era una herejía; era precisamente la misma herejía que creó el fascismo. Italia era también un país semiindustrializado, donde los marxistas buscaban los métodos que les permitirían acelerar el advenimiento de la revolución. También los marxistas italianos se sintieron atraídos por los conceptos de violencia revolucionaria de Sorel. En 1903, el año siguiente al que vio nacer la expresión leninista de “luchadores de vanguardia”, en su introducción a la traducción italiana de *Saggi di critica del Marxismo* de Sorel, Roberto Michaels exhortó a promover la creación de una *élite* revolucionaria, que promoviese la creación del milenio socialista proletario. Dicha *élite*, decía Angelo Olivetti, colega de Michaels, era esencial en el caso de un país subindustrializado. Estas ideas fueron recogidas por un tercer marxista italiano, Benito Mussolini, que tenía trece años menos que Lenin y por esta época acababa de ingresar en la arena política. Su padre, herrador y pequeño propietario, era un anarcosocialista; su madre era maestra. Ambos suministraron al hijo una amplia gama de filosofía política, incluso Nietzsche; Mussolini conocía bien el tema de “la voluntad de poder”, y había leído mucho más que Lenin. Pero su formación política era esencialmente marxista. Afirmó que Marx era “el padre y el maestro”; era el “grandioso filósofo de la violencia de la clase trabajadora”. Pero, a semejanza de Lenin, preconizaba la formación de “minorías de vanguardia” que pudiesen “comprometer el sentimiento, la fe y la voluntad de las masas indecisas”. Estas vanguardias debían formarse con *élites* entrenadas especialmente, con personas consagradas a su misión. Dicha dirección revolucionaria se ocuparía de la psicología de las clases y las técnicas de movilización de masas, y mediante el empleo del mito y la invocación simbólica, elevarían la conciencia del proletariado. También en esto, como Lenin, creía que la violencia sería necesaria: “En lugar de engañar al proletariado, hablándole de la posibilidad de eliminar todas las causas del derramamiento de sangre, deseamos prepararlo y acostumbrarlo a la guerra para el día que sobrevenga el ‘más grande de todos los baños de sangre’, cuando las dos clases hostiles choquen en el encuentro definitivo”. También aquí se observa la repetición constante de los verbos activistas, de la imaginaria militarista.

Durante los años que precedieron a 1914, desde su impotente exilio en Suiza, Lenin observó con aprobación y cierta envidia los progresos de Mussolini. Este último convirtió la provincia de Forlì en una isla socialista —la primera de muchas en Italia— apoyando a los jornaleros *braccianti* contra los terratenientes. Se convirtió en uno de los periodistas de tendencia socialista más eficaces y leídos de Europa. En 1912, cuando tenía veintinueve años, y mostraba todavía un aspecto juvenil, con su cuerpo delgado y el rostro severo, de ojos grandes, oscuros y luminosos, conmovió al Partido Socialista Italiano en el Congreso de Reggio Emilia, al insistir en que el socialismo debía ser marxista, integral, internacionalista e inflexible. Al informar acerca del congreso en *Pravda* (15 de julio de 1912), Lenin se regocijó: “El partido del proletariado socialista italiano ha comenzado a

recorrer el verdadero camino”. Aprobó cuando Mussolini impidió que los socialistas participaran en el gobierno “reformista burgués” de Giolitti, y así preparó la aparición del Partido Comunista Italiano. Apoyó enérgicamente la profecía que formuló Mussolini en vísperas de la guerra: “Al desencadenar un gigantesco choque entre los pueblos, la burguesía está jugando su última carta, y promueve la aparición sobre la escena mundial de lo que Carlos Marx denominó el sexto gran poder: la revolución socialista”.

En su condición de herejes marxistas y activistas revolucionarios violentos, Lenin y Mussolini tenían en común seis rasgos principales. Ambos se oponían totalmente a los parlamentos burgueses y a todo lo que significara “reformismo”. Para ambos el partido era un organismo muy centralizado, rigurosamente jerárquico y ferozmente disciplinado, destinado a promover los objetivos socialistas. Ambos deseaban un liderazgo de revolucionarios profesionales. Ninguno de ellos tenía confianza en la capacidad del proletariado para organizarse por sí mismo. Los dos creían que la conciencia revolucionaria podía ser insuflada desde afuera en las masas, por la acción de una *élite* revolucionaria autodesignada. Finalmente, ambos creían que, en la lucha inminente entre las clases, la violencia organizada sería el árbitro definitivo.

La Gran Guerra asistió a la bifurcación del leninismo y el protofascismo de Mussolini. Se trataba de una cuestión no sólo de intelecto y situación sino de carácter. Mussolini poseía la humanidad, e incluso la vanidad y el anhelo de ser amado, un aspecto que sin duda faltaba en Lenin. Se mostraba excepcionalmente sensible y alerta frente a la opinión de las masas. Cuando llegó la guerra y comenzaron a marchar los ejércitos, olió el nacionalismo en el aire y lo absorbió en grandes bocanadas. Era embriagador, y Mussolini avanzó decidido en esa nueva dirección. Pero Lenin se mostraba impermeable a esas fragancias. Su aislamiento respecto de la gente, la indiferencia que mostraba frente a ella, le conferían una integridad y una consecuencia macizas. En cierto modo, este rasgo representaba un defecto: nunca supo lo que la gente haría realmente... por eso los hechos lo sorprendieron a cada momento, antes y después de alcanzar el poder. Pero era también su fuerza. La confianza absoluta en sí mismo y su voluntad de dominio ni por un momento se vieron debilitadas por cálculos tácticos acerca del modo en que probablemente reaccionaría la gente. Más aún, perseguía el poder en un país en que, por tradición, la gente no importaba; no eran más que el suelo que pisaba el gobernante.

De modo que cuando Lenin retornó a Petrogrado, el posible sentimiento bélico que allí existía no lo afectó en absoluto. Había dicho siempre que la guerra era una aventura burguesa. La derrota del zar era “el mal menor”. Había que debilitar al ejército mediante la propaganda, así como alentar a los hombres a “volver sus armas contra los oficiales”, y aprovechar todos los desastres, para “apresurar la destrucción... de la clase capitalista”. Debía librarse “una lucha implacable contra el chovinismo y el patriotismo de la burguesía de todos los países sin excepción”. Lenin se sentía desalentado ante la incapacidad de los socialistas para aplastar la guerra, y a medida que la contienda se prolongó, perdió la esperanza de un próximo advenimiento del milenio. En enero de 1917 dudó de que “yo viva para ver las batallas decisivas de la próxima revolución”. De modo que, cuando seis semanas más

tarde el zar fue derrocado, como de costumbre Lenin se vio sorprendido. Comprobó complacido que el nuevo régimen parlamentario optaba por continuar la guerra, al mismo tiempo que liberaba a los presos políticos y, de ese modo, permitía la subversión interna. Los bolcheviques derrocarían al nuevo gobierno y se adueñarían del poder oponiéndose a la guerra. *Pravda* reanudó la publicación el 5 de marzo. Kamenev y Stalin regresaron presurosos de Siberia para hacerse cargo del periódico, ocho días después. Y entonces, para consternación de Lenin, los dos idiotas prontamente cambiaron la línea del periódico y declararon su apoyo a la guerra. Tal fue la razón por la cual apenas Lenin vio a Kamenev el 3 de abril, comenzó a censurarlo. La línea de *Pravda* muy pronto volvió al cauce anterior. Lenin se dedicó a redactar un conjunto de “tesis” para explicar por qué era necesario oponerse a la guerra y terminarla. Más tarde, Stalin cumplió su penitencia cuando confesó que había adoptado “una posición completamente equivocada”, que “compartí con otros camaradas y a la que renuncié por completo... cuando adherí a las tesis de Lenin”. La mayoría de los restantes bolcheviques procedió del mismo modo. Se sentían abrumados por la certidumbre de Lenin. La guerra no importaba. Había cumplido su propósito al destruir la autocracia. Ahora había que aprovechar la fatiga provocada por la guerra para eliminar a los parlamentarios. No le preocupaba cuánto territorio perdiese Rusia, si se conseguía retener un núcleo en donde se instalaría el bolchevismo. Después, podrían esperar el desarrollo de los hechos. Una victoria alemana carecía de importancia, porque los camaradas alemanes pronto asumirían el poder en ese país, y también en Gran Bretaña y Francia, y habría llegado el día de la revolución socialista mundial.

Al delinear esta fantasía continental, casi por casualidad Lenin había descubierto la única línea política que podía llevarlo al poder. Carecía de una auténtica base de poder en Rusia. Nunca había intentado crearla. Había concentrado sus esfuerzos exclusivamente en la construcción de una pequeña organización de aventureros intelectuales y subintelectuales, a los que podía dominar por completo. Carecía de partidarios en el campesinado. Sólo un miembro de la *élite* bolchevique tenía antecedentes campesinos. Contaba con unos pocos adherentes entre los obreros no especializados. Pero los obreros especializados, y prácticamente todos los que estaban sindicalizados, adherían —en la medida en que tenían cierta afiliación política— a los mencheviques. Esta situación no podía sorprender. La intransigencia de Lenin había empujado al campo menchevique a la totalidad de los socialistas más capaces. Ese estado de cosas convenía a Lenin: de ese modo, para él era más fácil adiestrar al resto, de manera que lo siguiese sin discutir cuando llegara el momento de golpear. Como dijo uno de ellos: “Antes de que llegase Lenin, todos los camaradas erraban en la oscuridad”. El otro bolchevique que tenía claras ideas propias era Trotsky. En mayo llegó a Petrogrado desde Estados Unidos. Comprendió de inmediato que Lenin era el único hombre de acción decisivo en el conjunto, y se convirtió en su principal lugarteniente. Durante el período siguiente, estos dos hombres pudieron dirigir a un núcleo de unos 20.000 partidarios en una nación de más de 160 millones de habitantes.

La Revolución Rusa de 1917, tanto la de febrero como la de octubre, fue realizada por los campesinos, cuyo número había pasado de 56 millones en 1867 a 103,2 millones hacia 1913. En la Rusia de preguerra había menos

de 3,5 millones de trabajadores fabriles y mineros, e incluso, aplicando la definición más amplia, el “proletariado” se elevaba a sólo 15 millones de individuos. Muchos de los 25 millones de habitantes de las grandes ciudades eran miembros de familias campesinas numerosas, que trabajaban en la ciudad pero tenían su base en las aldeas. Esta relación facilitó la transmisión de ideas extremistas a los campesinos. Pero en esencia ya tenían esa posición, y siempre la habían tenido. Había una tradición rusa de colectivismo campesino, basado en la comuna (*obshchina*) y la cooperativa de artesanos (*artel*). Tenía la aprobación de la Iglesia Ortodoxa. El enriquecimiento privado contrariaba el interés comunitario. A menudo era pecaminoso. El campesino codicioso, el *kulak* (puño), era un mal campesino: los *kulaks* no formaban una clase (eso fue una invención bolchevique ulterior). La mayoría de los campesinos mostraba respeto por la jerarquía y, al mismo tiempo, cierto espíritu igualitario, y éste tendía a manifestarse en momentos de crisis, cuando las ideas de libertad (*volya*) los impulsaban a protagonizar episodios de apoderamiento y confiscación. Pero los campesinos jamás manifestaron el más mínimo deseo de pasar a la “nacionalización” o la “socialización”: ni siquiera poseían palabras que reflejasen esos conceptos. Lo que muchos querían era la posesión de parcelas independientes, lo cual era una actitud natural. Los pasos dados para crear propietarios campesinos a partir de 1861, a lo sumo les abrieron el apetito, y de ahí la agitación rural de 1905. Desde 1906, P. A. Stolypin, un sagaz ministro zarista, aceleró el proceso, en parte para apaciguar a los campesinos, y en parte para acrecentar los suministros de alimentos a las ciudades, y de ese modo contribuyó a la rápida industrialización de Rusia. También ayudó a los campesinos a abandonar las comunas. Hasta mediados de 1915, casi 2 millones de campesinos obtuvieron el título que acreditaba la propiedad individual, y otro 1,7 millón se retiró voluntariamente de las comunas. De modo que durante la década que precedió a la guerra, la productividad agrícola rusa creció de prisa, los campesinos pudieron tener mejor educación y, por primera vez, invirtieron en tecnología.

La guerra asestó un golpe devastador a este proceso, quizás el más promisorio de toda la historia rusa, y que prometía crear un campesinado relativamente satisfecho y próspero, como en Francia y Europa central, al mismo tiempo que suministraba alimentos suficientes para aliviar las dificultades de la industrialización. La guerra incorporó al ejército a millones de campesinos, y al mismo tiempo reclamó a los que restaban en las zonas rurales más alimentos para los ejércitos mucho más numerosos, y las fábricas que producían material bélico y que se habían extendido. Se realizaron compras obligatorias en gran escala. Pero los precios de los alimentos se elevaron de prisa. Por lo tanto, la tensión entre la ciudad y el campo se agravó, y cada uno imputaba al otro sus sufrimientos. Los bolcheviques aprovecharían más tarde este odio. A medida que la guerra se prolongó, los esfuerzos del gobierno para arrancar alimentos de las aldeas cobraron un carácter más brutal. De manera que los disturbios agrarios se agravaron, y hasta diciembre de 1916 se registraron 557 estallidos. Pero también se agravó la escasez de alimentos y los precios de los productos se elevaron prontamente. El resultado fue un aumento sin precedente de huelgas fabriles en 1916, a pesar del hecho de que muchas áreas industriales estaban sometidas a la ley marcial o aplicaban un régimen de “seguridad reforzada”. Las huelgas culmi-

naron a fines de febrero de 1917, y se las habría aplastado, de no ser por el hecho de que también los campesinos estaban irritados y desesperados. Casi todos los soldados eran campesinos, y cuando se ordenó a la guarnición de Petrogrado que obligase a los obreros fabriles, los soldados se amotinaron. Aproximadamente un tercio, alrededor de 66.000 hombres, desafiaron a sus oficiales. Como estaban armados, el régimen se derrumbó. De modo que la primera etapa de la Revolución fue obra de campesinos.

La destrucción de la autocracia provocó, inevitablemente, la desorganización de la jerarquía rural. Los campesinos sin tierra comenzaron a apoderarse de los grandes latifundios y a dividirlos. Esto quizá no hubiese importado. De todos modos, el Gobierno Provisional se vería obligado a aprobar la reforma agraria apenas él mismo se organizara. Pero entretanto tenía que impulsar la guerra. Esta tenía mal aspecto. La ofensiva en Galitzia fracasó; hacia el mes de julio cayó Lvov. El ministerio cambió y Kerenski ocupó el cargo de primer ministro. Decidió continuar la guerra, y para hacerlo tenía que obtener suministros de los campesinos. Precisamente en este punto, y por mera obra de la suerte, la política contra la guerra de Lenin resultó inspirada. No sabía nada de los campesinos; no tenía idea de lo que estaba sucediendo en el campo. Pero al oponerse a la guerra estaba oponiéndose a una política que, de todos modos, tenía que fracasar, y alineaba a su grupo con las fuerzas populares campesinas en las aldeas, y lo que es más importante, en el seno del ejército. En consecuencia, por primera vez los bolcheviques tuvieron puntos de apoyo en las zonas rurales: hacia fines de 1917 contaban con alrededor de 2.400 trabajadores rurales en 203 centros. Entretanto, el intento de aplicar la política de guerra destruyó al Gobierno Provisional. Un decreto aprobado el 25 de marzo obligó a los campesinos a entregar la totalidad de sus cosechas, menos una proporción destinada a semillas, forraje y su propia subsistencia. Antes de la guerra, el 75 por ciento del grano iba al mercado, y el 40 por ciento se exportaba. Pero ahora el campo se rebelaba, y Kerenski no podía recolectar lo que necesitaba para mantener el funcionamiento de la maquinaria bélica. Por primera vez en la historia de la Rusia moderna, la mayor parte de la cosecha quedó en los fundos. Kerenski recibió menos de la sexta parte. El intento de apoderarse del grano sencillamente impulsó a los campesinos a la revuelta directa, y la autoridad del Gobierno Provisional en el campo comenzó a derrumbarse. Al mismo tiempo, la falta de granos en las ciudades provocó el rápido aumento de los precios de los alimentos en septiembre; no había pan en muchos lugares y estallaron motines en el ejército y la marina y huelgas en las fábricas. Hacia principios de octubre, la rebelión de los campesinos ya había desanimado por completo al gobierno de Kerenski.

Había llegado el momento de que Lenin se adueñase del poder con la "élite de vanguardia", entrenada precisamente con ese propósito. Por supuesto, no poseía un mandato que lo autorizara a destruir el gobierno parlamentario. No tenía mandato para nada, y ni siquiera uno de tipo marxista conceptual. No era un jefe campesino. No era tampoco un importante líder proletario. En todo caso, el proletariado ruso era minúsculo. Y no deseaba el leninismo. De un total de más de cien peticiones presentadas por obreros industriales a las autoridades centrales en marzo de 1917, casi ninguna mencionaba el socialismo. Aproximadamente el 51 por ciento recla-

maba una jornada de trabajo más corta, el 18 por ciento salarios más elevados, el 15 por ciento mejores condiciones de trabajo, y el 12 por ciento la concesión de derechos a los comités obreros. La “revolución del proletariado” no tenía el apoyo de las masas; prácticamente no había apoyo para nada que se asemejara de manera remota a lo que Lenin se proponía hacer. Esta fue la única ocasión, desde ese momento hasta hoy, en que los obreros fabriles rusos pudieron decir lo que deseaban realmente, y lo que deseaban era mejorar su suerte, no volver al mundo del revés. Con la expresión “comités obreros” aludían a los Soviets. Estos organismos habían aparecido de manera espontánea en 1905. Su creación desconcertó a Lenin; de acuerdo con los textos marxistas, no debían existir. Pero reaparecieron durante la “revolución de febrero”, y cuando Lenin regresó a Rusia, en abril de 1917, llegó a la conclusión de que podían ser una alternativa del sistema parlamentario al que detestaba. Consideró, y en esto acertó, que por lo menos algunos de los soviets fabriles podían ser infiltrados y manipulados por sus hombres. De ahí que sus “Tesis de abril” preconizaran, “no una república parlamentaria... sino una república de los Soviets de diputados de los trabajadores, los campesinos pobres y los campesinos que abarcarían todo el país, desde la base hasta la cúspide”. Siempre un hábil oportunista, comenzó a ver en los Soviets una versión moderna de la comuna de París de 1870; un grupo decidido como el de Lenin podía dirigirlo, y de ese modo se convertirían en el instrumento de la “dictadura del proletariado”. De manera que cuando los bolcheviques celebraron una conferencia, más avanzado el mismo mes de abril, Lenin logró que formularan el reclamo de que los “proletarios de la ciudad y el campo” promovieran la “rápida transferencia de todo el poder estatal a manos de los Soviets”. Cuando en mayo llegó Trotsky, que en efecto había trabajado en un Soviet en 1905, fue puesto al frente de todos los esfuerzos enderezados a conquistar el Soviet de Petrogrado, el más importante de todos los soviets urbanos.

A principios de junio de 1917 se reunió el primer Congreso Panruso de los Soviets, con 822 delegados. Las ciudades contaban con una representación absurdamente excesiva. Los socialistas revolucionarios, que hablaban en nombre de los campesinos, tenían 285 delegados. Los mencheviques, que representaban a los obreros organizados, tenían 248. Varios grupos menores totalizaban 150 y había 45 sin identificación política. Los bolcheviques tenían 105 delegados. Los anarquistas organizaron una prueba de fuerza en julio, cuando promovieron grandes manifestaciones callejeras contra la guerra. Pero fueron dispersados por las tropas leales. *Pravda* fue clausurado y algunos bolcheviques, entre ellos Kamenev y Trotsky, fueron a la cárcel. Se permitió que Lenin huyera a Finlandia; aún no se lo consideraba un enemigo letal. El cambio decisivo sobrevino durante el verano y a principios del otoño. Los frentes de la guerra comenzaron a derrumbarse. En agosto, Kerenski organizó en Moscú una conferencia estatal, con la intervención de todos los partidos y la asistencia de 2.000 delegados. Los resultados fueron nulos. Hacia fines del mes, el general zarista Kornilov desencadenó una rebelión militar que concluyó en un fiasco. Todos estos episodios favorecieron a Lenin, y sobre todo el último, que le permitió crear una atmósfera de miedo en la cual pudo convencer a la gente de que era necesario quebrantar la ley para “preservar” la nueva República. Pero el factor princi-

pal que debilitó el orden legal fue la incapacidad de Kerenski para conseguir que los campesinos entregasen alimentos. Las tropas se desmovilizaban por propia iniciativa e invadían las ciudades, donde no había alimentos para ellas. Allí se incorporaron a los Soviets o los formaron, y pronto comenzaron a elegir representantes bolcheviques que prometían el fin inmediato de la guerra y la distribución de todas las propiedades entre los campesinos. Hacia principios de septiembre, los bolcheviques tenían mayoría en los Soviets de Petrogrado y Moscú, los dos que importaban realmente, y el 14 de septiembre, Lenin, todavía oculto, se sintió bastante fuerte para lanzar el lema “todo el poder a los Soviets”. Trotsky, que acababa de salir de la cárcel, se convirtió inmediatamente en presidente del Soviet de Petrogrado, el foco del inmediato alzamiento.

Sin duda, Trotsky fue el agente activo de la Revolución. Pero Lenin fue el autor del plan maestro, el hombre que adoptó todas las decisiones fundamentales y aportó la esencial “voluntad de poder”. La Revolución bolchevique, y con mayor razón todavía la creación del Estado comunista, habrían sido imposibles sin él. El 9 de octubre regresó disfrazado a Petrogrado, y en una reunión del Comité Central celebrada al día siguiente ganó la votación (10 contra 2) a favor del alzamiento armado. Se creó un Buró Político o “Politburó” —es la primera vez que oímos esta palabra— con el propósito de que dirigiera el alzamiento. Pero los preparativos militares concretos estuvieron a cargo de un “comité militar revolucionario”, formado bajo la dirección de Trotsky a partir del Soviet de Petrogrado. Se fijó la fecha de manera que se aprovechase el segundo Congreso Panruso de los Soviets, que se reunía el 25 de octubre. La noche de la víspera, Lenin formó un gobierno embrionario, y por la mañana los hombres de Trotsky entraron en acción y se apoderaron de los lugares claves en toda la ciudad. Los miembros del Gobierno Provisional fueron detenidos o huyeron. Hubo muy escaso derramamiento de sangre. Esa tarde, los bolcheviques consiguieron que el Congreso de los Soviets aprobase la transferencia del poder. Al día siguiente, antes de dispersarse, el Congreso aprobó un decreto que declaraba la paz, otro que abolía las propiedades latifundistas y un tercero que aprobaba la composición del Consejo de Comisarios del Pueblo, o Sovnarkom, es decir, el primer Gobierno de Obreros y Campesinos. Pero, como después Stalin lo destacaría cuidadosamente, la toma del poder fue obra del comité militar revolucionario, y el Congreso de los Soviets “sólo *recibió* el poder de manos del Soviet de Petrogrado”. El propósito de Stalin al formular esta distinción era preservar el concepto de una revolución proletaria marxista. Ciertamente, el modo en que Lenin asumió el poder nada tuvo de legal. Pero tampoco fue un alzamiento revolucionario. Fue un golpe de viejo estilo o como los alemanes lo denominarían poco después, un *putsch*. La cosa nada tuvo de marxista.

Pero en el momento dado, Lenin astutamente aprovechó todo lo posible la espúria legitimidad conferida a su régimen por los Soviets. Más aún, durante los dos meses siguientes actuó con mucho cuidado en dos planos, que correspondían de un modo extraño a la percepción marxista del mundo. En la superficie estaban las disposiciones constitucionales y la legalidad formal. Ese era el espectáculo destinado a satisfacer al público y al mundo exterior. En un plano más bajo estaban las estructuras profundas del

poder real: la policía, el ejército, las comunicaciones, las armas. Esto era lo real. En el plano del espectáculo, Lenin afirmó que su gobierno era “provisional” hasta que pudiera reunirse la “Asamblea Constituyente”, cuya elección había sido programada por el gobierno de Kerenski para el 12 de noviembre. De modo que se realizaron las elecciones, y los bolcheviques fueron sencillamente uno de los grupos participantes. Fue la primera y la última elección parlamentaria auténtica que se realizó en Rusia. Como era previsible que sucedería, determinó una mayoría de socialistas revolucionarios orientados hacia los campesinos, 410 de un total de 707. Los bolcheviques conquistaron 175 lugares, los mencheviques descendieron a 16, los cadetes burgueses conquistaron 17, y los “grupos nacionales” se dividieron los restantes miembros. Lenin convocó la primera sesión de la Asamblea para el 5 de enero de 1918. A fin de realzar el espectáculo invitó a tres miembros del ala izquierda de los socialistas revolucionarios a que ocuparan asientos en el Sovnarkom. Este paso tuvo la ventaja adicional de dividir a los socialistas revolucionarios, de manera que ahora Lenin tenía mayoría en el Congreso de los Soviets, y lo convocó con el fin de que se reuniera tres días después de haber resuelto el problema de la Asamblea Constituyente. Su plan era que este cuerpo continuara siendo más tarde el instrumento dócil de su legitimidad. Quizá tranquilizada por estas maniobras constitucionales, la gran ciudad de Petrogrado continuó atendiendo sus tareas y placeres. Incluso el día del derrocamiento de Kerenski todas las tiendas permanecieron abiertas, los tranvías circularon y los cines estaban atestados. El Ejército de Salvación, aceptado por primera vez por la república, ejecutaba música en las esquinas. Karsavina actuaba en el Marinsky. Chaliapin cantaba en los conciertos. Se pronunciaban conferencias con mucho público. La sociedad elegante se congregaba en el restaurante de Contant. Se jugaba de un modo extravagante.

Entretanto, en lo profundo de las estructuras, Lenin trabajaba de prisa. Es significativo que, en momentos en que tenía tanto que hacer, otorgase prioridad al control de la prensa. En septiembre, poco antes del *putsch*, había reclamado públicamente una libertad de prensa “mucho más democrática” e “incomparablemente más completa”. De hecho, durante la república la prensa había llegado a ser tan libre como en Francia o en Gran Bretaña. Dos días después de asumir el poder, Lenin liquidó esta libertad con un decreto acerca de la prensa. Como parte de “ciertas medidas temporarias y extraordinarias”, los diarios que llamasen a “ofrecer resistencia franca o a insubordinarse con el Gobierno de Obreros y Campesinos”, o que difundiesen “la sedición mediante deformaciones comprobadamente calumniosas de los hechos”, serían suspendidos y sus directores sometidos a proceso. Al día siguiente, el gobierno había clausurado diez periódicos de Petrogrado; diez más fueron cerrados a la semana siguiente. El control de las noticias fue confiado principalmente al periódico bolchevique *Pravda* y a *Isvezia*, el órgano de los Soviets que ahora estaba a cargo del Sovnarkom.

Entretanto, con mucha prisa y cierta confusión, los activistas bolcheviques comenzaron a ocupar la estructura física del poder. El método era corporativista. Todas las organizaciones, desde las fábricas hasta los tranvías, celebraron elecciones de estilo soviético. Era el modo más fácil de asegurar que los delegados elegidos fuesen aceptables en general para el régimen. Más tarde, Boris Pasternak ofrecería una viñeta del proceso:

Por doquier se celebraron nuevas elecciones con vistas a la administración de la vivienda, el comercio, la industria y los servicios municipales. En todos los casos fueron designados comisarios, hombres vestidos con chaquetas de cuero negro, poseedores de atribuciones ilimitadas y una voluntad de hierro, armados con medios intimidatorios y revólveres, que se afeitaban rara vez y dormían menos. Conocían a la encogida estirpe burguesa, al tenedor común de artículos oficiales baratos, y les hablaban sin la más mínima compasión y con sonrisas mefistofélicas, como si hubieran sido ladronzuelos sorprendidos in fraganti. Estas fueron las personas que lo reorganizaron todo en concordancia con el plan, y una compañía tras otra y una empresa después de otra llegaron así a bolchevizarse.

A esta ocupación física se le asignó rápidamente una infraestructura de decretos-leyes. 10 de noviembre: Abolición de la Tabla de Jerarquías de Pedro el Grande. 22 de noviembre: Autorización para allanar domicilios; confiscación de los abrigos de piel. 11 de diciembre: Todas las escuelas son retiradas del control de la Iglesia y pasan a poder del Estado. 14 de diciembre: Monopolio oficial de toda la actividad bancaria; toda la industria sometida al "control obrero". 16 de diciembre: Son abolidos todos los rangos militares. 21 de diciembre: Nuevo código de leyes aplicable a los "tribunales revolucionarios". 24 de diciembre: Nacionalización inmediata de todas las fábricas. 29 de diciembre: Suspensión de todos los pagos de intereses y dividendos; se limitaron rigurosamente los retiros de fondos de los bancos. Como diría más tarde el novelista Ilya Ehrenburg: "Todas las mañanas los habitantes estudiaban atentamente los nuevos decretos, todavía húmedos y arrugados, pegados sobre las paredes: necesitaban saber lo que estaba permitido y lo que se prohibía".

Pero incluso durante esta etapa, algunos de los pasos fundamentales en la consolidación del poder no se reflejaron en los decretos-leyes. En las etapas iniciales de su ocupación del poder, Lenin dependió por completo de los grupos armados que Trotsky había organizado por intermedio del Soviet de Petrogrado. Estaban formados en parte por jóvenes matones motivados políticamente, los "hombres de chaquetas de cuero negro", y en parte por desertores, a menudo cosacos. Un testigo ocular describió la escena en las habitaciones del Instituto Smolny, el edificio desde donde los bolcheviques operaron al principio. "El Buró estaba atestado de capas caucásicas, gorros de piel, túnicas de fieltro, trenzas, dagas, relucientes bigotes negros, ojillos saltones y asombrados, y el olor de los caballos. Esta era la *élite*, la crema mandada por oficiales "nativos", en total quizás unos quinientos hombres. Gorra en mano confesaban su lealtad a la Revolución. Estos hombres fueron eficaces para intimidar a la república que se resquebrajaba. Pero para imponer la vigencia del nuevo orden se necesitaba un instrumento más refinado e implacable. Lenin necesitaba una policía política.

Como creía que la violencia constituía un factor esencial de la Revolución, Lenin nunca retrocedió ante la necesidad de aplicar el terror. Heredó dos tradiciones de justificación del terror. De la Revolución Francesa podía citar a Robespierre: "El atributo del gobierno popular en la revolución es simultáneamente la *virtud y el terror*, la virtud sin la cual el terror es fatal, el terror sin el cual la virtud es impotente. El terror no es más que la justicia,

pronta, severa, inflexible; por lo tanto, es una emanación de la virtud”. Marx desechó la desastrosa historia del Terror Revolucionario, y respaldó el método de un modo específico y sin reservas. Había, escribió, “un solo medio de *limitar*, simplificar y localizar la sangrienta agonía de la vieja sociedad y los ensangrentados dolores del parto de la nueva, un solo medio, el terror revolucionario”. Pero Marx había formulado distintas afirmaciones en diferentes momentos. Los marxistas alemanes ortodoxos no aceptaban que el terror fuera indispensable. Un año después que Lenin asumió el poder, Rosa Luxemburgo afirmó en su programa del Partido Comunista alemán (diciembre de 1918): “La revolución proletaria no necesita del terror para alcanzar sus metas, odia y abomina el asesinato”. Ciertamente, una de las razones por las cuales se oponía a la “*élite* de vanguardia” de Lenin y al intento de acelerar el proceso histórico de la revolución proletaria era, precisamente, que creía que ese método lo induciría a usar el terror —como lo sugería el texto marxista— para acortar camino, en especial sobre el trasfondo de la autocracia zarista y la barbarie general y el desprecio por la vida que se manifestaban en Rusia.

En realidad, la verdadera tragedia de la Revolución leninista, o mejor dicho una de sus muchas tragedias, consistió en que infundió nueva vida a un salvaje método nacional de gobierno, el cual tendía a desaparecer rápidamente. Durante los ochenta años que precedieron a 1917, el número de personas ejecutadas en el imperio ruso representó un promedio de sólo diecisiete anuales, y la parte principal correspondió a las primeras etapas de este período. La Rusia de tiempo de guerra durante los últimos años de los zares fue, en ciertos aspectos, más liberal que Gran Bretaña y Francia, sometidas a las normas de guerra. La república abolió por completo la pena de muerte, aunque Kerenski la restableció en el frente en septiembre de 1917. La mayoría de los camaradas de Lenin se oponían a su aplicación. La mayor parte de las muertes provocadas por los bolcheviques durante el primer período fueron obra de los marineros, que asesinaron a dos ex ministros el 7 de enero de 1918, y ejecutaron una masacre de tres días en Sebastopol durante el mes siguiente; o bien fueron matanzas campesinas indiscriminadas en regiones rurales alejadas.

Resulta difícil evitar la conclusión de que la decisión de emplear el terror y el poder opresor de la policía fue adoptada desde muy temprano por Lenin, y apoyada por Trotsky, su principal jefe militar; y que fue, como Rosa Luxemburgo temió que sucediera, una parte inevitable de su enfoque ideológico de la asunción y el mantenimiento de la autoridad, y del tipo de Estado centralizado que él estaba decidido a crear. Y esto a su vez era parte del carácter de Lenin, de esa voluntad de poder que él poseía en tan extraordinaria abundancia. Ya en 1901 Lenin advertía: “En principio nunca hemos renunciado al terror y no podemos renunciar”. Y también: “Preguntaremos al hombre: ¿Cuál es su posición frente a la revolución? ¿La apoya o la combate? Si la combate, lo pondremos contra la pared”. Poco después de asumir el poder preguntó: “¿Es imposible hallar entre nosotros a un Fouquier-Tinville que domine a nuestros díscolos contrarrevolucionarios?” El número de veces que Lenin, como jefe del gobierno, comenzó a usar expresiones como “pelotón de fusilamiento”, “contra la pared”, sugiere un apetito cada vez más intenso por los métodos extremos.

Hubo también una reveladora actitud furtiva, o más bien una duplicidad intencionada en el modo en que Lenin creó el instrumento que debía ser usado, si era necesario, para aplicar el terror a los contrarrevolucionarios. Como ya se explicó, la fuerza armada bolchevique original fue el comité militar revolucionario del Soviet de Petrogrado, dirigido por Trotsky. Este no tenía escrúpulos acerca del empleo de la fuerza, incluso después que la Revolución se impuso: “No entraremos en el reinado del socialismo con guantes blancos y caminando sobre un piso encerado”, dijo en cierta ocasión. Inmediatamente después del 25-26 de octubre de 1917, este comité se convirtió en un subcomité del Ejecutivo Central y se le asignaron tareas de seguridad, incluso la de combatir a la “contrarrevolución”, definida como “el sabotaje, el ocultamiento de suministros, la retención intencionada de las cargas, etc.”. La creación de este organismo llegó a conocimiento del público gracias a un decreto emitido por el Sovnarkom el 12 de noviembre de 1917. Como estaba encargado de examinar a los sospechosos, creó una sección especial dirigida por Félix Dzerzhinski, un fanático polaco que estaba a cargo de la seguridad del Smolny. Pero cuando el 7 de diciembre de 1917, el comité militar finalmente fue disuelto por otro decreto del Sovnarkom, la sección de Dzerzhinski perduró y se convirtió en la “Comisión Extraordinaria Panrusa” (Cheka), encargada de combatir la “contrarrevolución y el sabotaje”. El decreto de creación de la Cheka fue publicado sólo más de diez años después (*Pravda*, 18 de diciembre de 1927), de modo que la fuerza de seguridad de Lenin fue desde el comienzo, y por el resto de su existencia, una policía secreta en el verdadero sentido de la palabra, en cuanto no se reconocía oficialmente su realidad misma.

Es indudable que desde el comienzo mismo la intención fue usar a la Cheka de un modo absolutamente implacable y en gran escala. Una semana antes de que este organismo cobrase vigencia oficial, aunque secreta, se interrogó a Trotsky acerca del número cada vez más elevado de arrestos y allanamientos. Defendió estos procedimientos ante el Congreso Panruso de Diputados Campesinos, e insistió en que “los reclamos en el sentido de que se desecharan todas las formas de represión en un período de guerra civil, equivalen al reclamo de que se abandone la guerra civil”. La Cheka tenía un comité de ocho miembros bajo la dirección de Dzerzhinski, y éste se apresuró a completar los cuadros, y el cuerpo de inspectores y agentes convocando a otros fanáticos. Muchos eran connacionales polacos o letones, por ejemplo el siniestro Latsis, o “Peters”, hermano de Peter el Pintor, del Sitio de la calle Sidney, perpetrador de una serie de asesinatos en Houndsditch, y Kedrov, un sádico que después enloqueció. La rapidez con la cual esta fuerza creció fue terrorífica. Durante los meses de diciembre de 1917 y enero de 1918 se reclutó personal con la mayor rapidez posible, y una de sus primeras iniciativas fue organizar un servicio nacional de inteligencia solicitando a todos los soviets locales “información acerca de las organizaciones y las personas que trabajan contra la revolución y la autoridad popular”. Este decreto proponía que los soviets locales creasen a su vez comités de seguridad, con el fin de informar a los agentes profesionales, y desde el principio la Cheka contó con la ayuda de un núcleo creciente de informantes aficionados y de dedicación parcial. El número de sus miembros con dedicación completa creció inexorablemente. La policía secreta del zar, la Ojrana, había

contado con 15.000 miembros, y esto la convertía en el organismo de lejos más numeroso de su tipo en el Viejo Mundo. En cambio, tres años después de su creación, la Cheka tenía una fuerza de 250.000 agentes de dedicación total. Sus actividades se desarrollaron en escala igualmente amplia. Mientras los últimos zares habían ejecutado a un promedio de diecisiete personas por año (por toda suerte de delitos), hacia 1918-1919 la Cheka promediaba 1.000 ejecuciones mensuales sólo por delitos políticos.

Esta cifra no refleja ciertamente toda la realidad, por una razón que se relaciona con el nervio mismo de la falta de equidad del sistema creado por Lenin. Casi inmediatamente después de la creación de la Cheka, un decreto estableció un nuevo tipo de “tribunal revolucionario”, para juzgar a los que “organizan alzamientos contra la autoridad del Gobierno Obrero y Campesino, que se le oponen activamente o no lo obedecen, o que exhortan a otros a oponerse o desobedecer”, y a los funcionarios civiles culpables de sabotaje u ocultamiento. Se autorizó al tribunal a aplicar penas en armonía con “las circunstancias del caso y los dictados de la conciencia revolucionaria”. Este decreto señaló, de hecho, el fin del imperio del derecho en el nuevo Estado de Lenin, que entonces tenía pocas semanas de existencia. Se superpuso parcialmente con el sistema de la Cheka. Durante el régimen zarista, la Ojraña podía arrestar, pero después debía entregar el detenido a los tribunales, que lo juzgaban públicamente, como a todo el mundo, y los castigos eran aplicados por las autoridades civiles comunes. De acuerdo con el sistema de Lenin, la Cheka controlaba los tribunales especiales (que se reunían secretamente), y aplicaban sus veredictos. De modo que una vez que un hombre caía en manos de la Cheka, su única salvaguardia estaba en “los dictados de la conciencia revolucionaria”. Como la Cheka arrestaba, juzgaba, sentenciaba y castigaba a sus víctimas, nunca hubo constancias fidedignas de su número. Pocas semanas después de su creación, la Cheka estaba administrando los primeros campos de concentración y trabajo forzado. Se originaron en un decreto del Sovnarkom que ordenaba que “los burgueses de ambos sexos” fueran detenidos y puestos a cavar trincheras defensivas en Petrogrado. Se organizaron campamentos para albergarlos y vigilarlos, y cuando se asignó a la Cheka la supervisión del programa de trabajo forzado, sus campamentos comenzaron a proliferar en las afueras de las ciudades, o incluso en las zonas rurales, es decir, el núcleo de lo que habría de convertirse en el gigantesco “archipiélago Gulag”. Hacia fines de 1917, cuando Lenin ya llevaba en el poder sólo nueve o diez semanas, puede afirmarse que la Cheka ya era un “Estado dentro del Estado”; más aún, en relación con muchas actividades era el Estado.

Podemos desechar la idea de que sus orígenes y su crecimiento contrariaban la voluntad de Lenin. Todas las pruebas disponibles apuntan en dirección contraria. Lenin redactó la totalidad de los decretos fundamentales y Dzerzhinski fue siempre su criatura. Más todavía, Lenin infundió personalmente a la Cheka el espíritu del terror, y desde enero de 1918 en adelante exhortó constantemente a desechar las dudas y los sentimientos humanitarios de otros bolcheviques, e incluso de muchos miembros del Sovnarkom. Cuando por razones de seguridad Lenin trasladó el gobierno de Petrogrado a Moscú y puso al Sovnarkom tras las murallas del Kremlin, indujo a Dzerzhinski a organizar su propia estructura al margen del Sovnarkom. Fue

ocupado el edificio de una gran compañía de seguros que se levantaba en la plaza Lubyanka; allí se construyó una “prisión interna” destinada a los sospechosos políticos. A partir de este momento, la Cheka fue un departamento oficial independiente subordinado directamente a Lenin. Esto no permitió que sus funcionarios abrigasen la menor duda acerca de lo que él deseaba. En enero de 1918, tres meses antes de que comenzara la guerra civil, propuso “fusilar en el acto a una de cada diez personas a quienes se encontrase culpables de ociosidad”. Una semana después exhortó públicamente a la Cheka: “Hasta que no apliquemos el terror —fusilamientos en el acto— a los especuladores, nada conseguiremos”. Pocas semanas después reclamó “el arresto y el *fusilamiento* de los que aceptaban soborno, los estafadores, etc.”. Las infracciones a los decretos-leyes debían recibir “el castigo más duro”. El 22 de febrero autorizó una proclama de la Cheka en la cual se ordenaba a los soviets locales “identificar, arrestar y fusilar de inmediato” a una serie completa de “enemigos, especuladores, etc.”. Completó este decreto general con sus propias instrucciones personales. Así, hacia agosto de 1918 telegrafiaba al Soviet de Nijni-Novgorod: “Es necesario que realicen los mayores esfuerzos, que formen una *troika* de dictadores... que apliquen *instantáneamente el terror masivo, que fusilen y trasladen* a centenares de prostitutas que embriagan a los soldados, los ex oficiales, etc. No debe perderse un minuto”. Su ejemplo inspiró a otros. Al día siguiente, el periódico del ejército proclamó: “Sin compasión, sin perdonar a nadie, mataremos a nuestros enemigos por decenas y centenares, incluso por millares, y que se ahoguen en su propia sangre... que fluya la sangre de los burgueses”. Las exhortaciones de Lenin produjeron resultados. Durante los seis primeros meses de 1918 la Cheka ejecutó, de acuerdo con sus cifras oficiales, a sólo 22 prisioneros. Durante la segunda mitad del año realizó 6.000 ejecuciones y durante todo el año 1919 alrededor de 10.000 víctimas. W. H. Chamberlain, el primer historiador de la Revolución, que fue testigo ocular, calculó que hacia fines de 1920 la Cheka había aplicado unas 50.000 sentencias de muerte.

Sin embargo, la característica más inquietante, y desde el punto de vista histórico la más importante del terror leninista no fue la cantidad de víctimas, sino el principio aplicado a su selección. A los pocos meses de ocupar el poder, Lenin había abandonado el concepto de la culpa individual, y por lo tanto la totalidad de la ética judeocristiana de la responsabilidad personal. Comenzaba a desinteresarse de *lo que* un hombre hacía o había hecho —y mucho menos de la *razón por la cual* lo había hecho— y estaba primero alentando y después ordenando a su aparato represivo que persiguiese a la gente y después la destruyese, no sobre la base de delitos, reales o imaginarios, sino sobre la base de generalizaciones, comentarios y rumores. Primero aparecieron las categorías condenadas: las “prostitutas”, los que “esquivaban el trabajo”, los “intermediarios”, los “especuladores”, los “acaparadores”, y a todos podía imputárseles más o menos imprecisamente el rótulo de delincuente. Pero poco después se agregaron grupos profesionales enteros. La divisoria de las aguas fue el decreto de Lenin dictado en enero de 1918, que reclamaba a los organismos oficiales la “eliminación de la tierra rusa de todos los tipos de insectos dañinos”. Esto no era un acto judicial: representaba una invitación al asesinato masivo. Muchos años más tarde,

Alexander Solzhenitsyn enunció a unos pocos de los grupos que así se vieron condenados a la destrucción como “insectos”. Incluía a “los ex miembros de los *zemstvos*, a los miembros de los movimientos Cooper, a los propietarios de casas, los profesores secundarios, los consejos y los coros parroquiales, los sacerdotes, los monjes y las monjas, los pacifistas tolstoianos, los funcionarios de los sindicatos”, todos los cuales pronto serían clasificados como “ex personas”. Muy rápidamente los decretos-leyes que identificaban a los grupos condenados se extendieron a clases enteras, y los profesionales de la Cheka abrazaron con entusiasmo el concepto de la liquidación colectiva más que individual de las personas. Probablemente, el más importante funcionario de la Cheka, después del propio Dzerzhinski, fue el feroz letón M. Y. Latsis. Estuvo cerca de dar su verdadera definición al terror de Lenin:

La Comisión Extraordinaria no es una comisión investigadora ni un tribunal. Es un órgano de lucha, que actúa en la primera línea de una guerra civil. No juzga al enemigo, lo golpea... No estamos haciendo la guerra a los individuos: estamos exterminando la burguesía como clase. No buscamos pruebas o testigos para revelar hechos o palabras contra el poder soviético. La primera pregunta que formulamos es: ¿A qué clase pertenece, cuáles son sus orígenes, su crianza, su educación o profesión? Estas preguntas definen el destino del acusado. Tal es la esencia del Terror Rojo.

Tan pronto Lenin abolió la idea de la culpa personal y comenzó a “exterminar” (una palabra que él usaba a menudo) a clases enteras, sólo en vista de la profesión o el parentesco, la aplicación de este principio letal no reconoció límites. ¿No era posible clasificar “como enemigas” a categorías enteras de personas, y condenarlas a la cárcel o a la muerte sólo en vista del color de su piel, sus orígenes raciales, o incluso su nacionalidad? No existe una diferencia moral básica entre la guerra de clases y la guerra de razas, entre destruir una clase y destruir una raza. De esta manera nació la práctica moderna del genocidio.

Mientras la Cheka se organizaba, Lenin procedió a liquidar el legado democrático de la república. La Asamblea Constituyente había sido elegida el 12 de noviembre de 1917. Lenin aclaró su actitud frente a ella el primero de diciembre: “Nos piden que convoquemos a la Asamblea Constituyente de acuerdo con la concepción original. ¡No, muchas gracias! Fue concebida contra el pueblo y fuimos a la insurrección para asegurarnos de que no se la utilizaría contra el pueblo”. En sus “Tesis acerca de la Asamblea Constituyente”, publicadas en forma anónima en *Pravda*, el 13 de diciembre, comparó al parlamento, que “en una república burguesa... es la forma más elevada del principio democrático”, con un Soviet, que es “una forma superior del principio democrático”. Por lo tanto “el intento... de considerar a la... Asamblea Constituyente desde el punto de vista formal y jurídico en el marco de la democracia burguesa”, significaba traicionar al proletariado. A menos que la Asamblea formulase “una declaración incondicional de aceptación del poder soviético”, afrontaría una crisis que podía “resolverse únicamente con métodos revolucionarios”. Esta formulación no era tanto un argumento como el duro enunciado por parte de Lenin de que su régimen no aceptaría ninguna forma de control democrático ejercido por un parlamento.

Cuatro días después, para subrayar su posición, arrestó a Avksientiev, líder del ala derecha de los socialistas revolucionarios, y a sus principales partidarios, “a causa de la organización de una conspiración contrarrevolucionaria”.

Cuando la Asamblea se reunió, el 5 de enero de 1918, Lenin ya había definido los aspectos esenciales de un régimen represivo, aunque todavía en pequeña escala (la Cheka tenía sólo 120 agentes de dedicación total), y por lo tanto estaba en condiciones de tratar al parlamento con el desprecio que, a su juicio, ese cuerpo merecía. Lenin no había comparecido, pero había redactado hasta la última línea del libreto. El edificio estaba “protegido” por los marineros del Báltico, el más extremista de los núcleos armados que apoyaban a Lenin. La víspera, *Izvestia* había advertido a los diputados, antes de que se reunieran, en el sentido de que “todo el poder en la república rusa pertenece a los Soviets y las instituciones soviéticas”, y que si intentaban “usurpar alguna función del poder estatal” serían tratados como contrarrevolucionarios y “aplastados por todos los medios que estaban a disposición del poder soviético, incluso el uso de la fuerza armada”. Apenas se reunieron los diputados, el secuaz de Lenin, es decir Sverdlov, simplemente apartó de la tribuna al miembro más anciano, el mismo que de acuerdo con una tradición rusa debía inaugurar las sesiones, y se hizo cargo del asunto. Siguió un prolongado debate, que culminó en una votación después de medianoche; el resultado no favoreció a los bolcheviques y a sus aliados, que perdieron la votación por 237 contra 138. En ese punto, los bolcheviques se retiraron, y los siguieron una hora después sus aliados, los socialistas revolucionarios de izquierda. A las cinco de la madrugada del 6 de enero, en cumplimiento de instrucciones enviadas directamente por Lenin, el marinero a cargo de la guardia dijo a la Asamblea que debía suspenderse la reunión “porque la guardia estaba cansada”. Se aplazó la sesión por doce horas, pero el cuerpo nunca volvió a reunirse, pues más avanzado el mismo día, después de un discurso de Lenin, el Comité Ejecutivo Central disolvió formalmente la Asamblea y apostó una guardia en la puerta para informar a los diputados que debían regresar a sus hogares. Una manifestación desarmada en favor del parlamento fue dispersada, y varios miembros de la turba resultaron muertos. Así, con procedimientos breves y brutales, Lenin destruyó la democracia parlamentaria en Rusia. Tres días más tarde, en el mismo edificio, y con la presidencia de Sverdlov, los Soviets ratificaron las decisiones del régimen.

Hacia fines de enero de 1918, después de unas doce semanas de ejercicio del poder, Lenin había afirmado tan sólidamente su dictadura que sólo la intervención exterior podía haber destruido su poder. Por supuesto, en esta época los alemanes estaban en condiciones de eliminarlos sin dificultad. Avanzaban de prisa en todos los frentes, y afrontaban escasa oposición. Pero el 3 de marzo Lenin firmó las condiciones de paz que se le imponían, después de disuadir a Trotsky y a otros colegas, que deseaban aplicar una línea de “ni paz ni guerra”, hasta que estallase la revolución de los trabajadores alemanes. Después, y durante el resto de la guerra, el mantenimiento de Lenin en el poder benefició a los alemanes. Como dijo en julio de 1918 el ministro alemán de Relaciones Exteriores, almirante Paul von Hintze: “Los bolcheviques son la mejor arma para mantener el caos en Rusia, lo cual permite que Alemania se apodere del mayor número posible de provincias del ex Imperio Ruso, y gobierne el resto mediante controles económicos”.

Por razones iguales y contrarias, los Aliados deseaban derrocar a Lenin y reintegrar a Rusia a la guerra. Pero era evidente que Lenin acertaba cuando intentaba llegar a un acuerdo con los alemanes, cuya amenaza para él era próxima e inmediata, más que con los Aliados, que estaban lejos y no tenían metas unificadas. Ya el 14 de diciembre de 1917 el Gabinete de Guerra británico decidió financiar a los antibolcheviques “con el propósito de mantener viva en Rusia suroriental la resistencia a las potencias centrales”. El 26 de diciembre Gran Bretaña y Francia dividieron a Rusia en esferas de influencia con el fin de realizar este mismo propósito; los franceses se hicieron cargo del sur, y los británicos del norte. En marzo de 1918 las primeras tropas británicas fueron a Arcángel y Murmansk, inicialmente con el objetivo de proteger los depósitos británicos y material bélico que estaban allí. Después del armisticio con Alemania, los Aliados continuaron interviniendo, pues Lenin había firmado una paz por separado con el enemigo, y en determinado momento Winston Churchill abrigó la esperanza de convencer al Consejo de los Diez en París, de que declarase formalmente la guerra al régimen bolchevique. A fines de 1918 había 180.000 soldados aliados en territorio ruso (británicos, franceses, norteamericanos, japoneses, italianos y griegos, además de contingentes serbios y checos), más 300.000 rusos de distintas fuerzas antibolcheviques apoyadas por el dinero, las armas y los consejeros técnicos de los Aliados. Cabe preguntarse, en vista del apoyo popular tenue, casi inexistente, de que Lenin gozaba en Rusia, ¿cómo se las arregló su régimen para sobrevivir?

La respuesta más breve es que a fines del verano y principios del otoño de 1919, el régimen estaba casi extinguido. No hubo absolutamente nada inevitable en su perduración. Una serie de factores muy distintos lo favoreció. En primer lugar, con una excepción, ninguno de los estadistas aliados implicados en el asunto comenzó siquiera a percibir el enorme significado de la creación de este nuevo tipo de dictadura totalitaria, o el efecto general de su implantación en el corazón de la más dilatada potencia terrestre de la tierra. La excepción fue Churchill. Con su vigoroso sentido de la historia, advirtió que el mundo estaba llegando a una suerte de fatal división de las aguas. Lo que al parecer lo llevó a percibir la realidad de la situación fue no sólo el asesinato de toda la familia real rusa, el 16 de julio de 1918, sin ningún tipo de proceso o justificación, sino la audacia que demostró Lenin el 31 de agosto, cuando ordenó a sus hombres que irrumpiesen en la embajada británica y asesinaran al capitán Crombie, agregado naval. Churchill consideró que había surgido un nuevo tipo de barbarie, indiferente a todas las formas del derecho, la costumbre, la diplomacia y el honor, respetadas hasta ese momento por los estados civilizados. Dijo al gabinete que era necesario capturar y ahorcar a Lenin y a Trotsky, “en tanto son el objeto sobre el cual debe recaer la justicia, por mucho tiempo que ello demande, y con el fin de que sientan que su castigo ha llegado a ser un objeto importante de la política británica”. El 26 de noviembre de 1918 manifestó a sus electores de Dundee que los bolcheviques estaban reduciendo a Rusia “a una forma animal de barbarie”, y manteniéndose mediante “sangrientas y generales carnicerías y masacres practicadas en medida considerable por medio de ejecuciones chinas y carros blindados... La civilización está extinguiéndose completamente en regiones gigantescas, y los bolcheviques saltan y brincan

como manadas de mandriles feroces entre las ruinas de las ciudades y los cadáveres de sus víctimas”. “De todas las tiranías de la historia”, observó el 11 de abril de 1919, “la tiranía bolchevique es la peor, la más destructiva, la más degradante”. Las atrocidades de Lenin eran “incomparablemente más repulsivas, en más amplia escala y más numerosas que todas las que había cometido el kaiser”. Sus comentarios privados a los colegas mostraban la misma vehemencia. Así, dijo a Lloyd George: “Reconocer a los bolcheviques es lo mismo que legalizar la sodomía”. Y a H. A. L. Fisher: “Después de vencer a los hunos —los tigres del mundo— no aceptaré que me derroten los mandriles”. Cuando el régimen se consolidara, se mostraría más expansionista que Rusia zarista, y tal como advirtió al mariscal de campo Wilson, “altamente militarista”. Churchill nunca abandonó su punto de vista de que un objetivo fundamental de la política de las grandes potencias pacíficas y democráticas debía ser aplastar a este nuevo tipo de amenaza cuando tal cosa aún era posible.

Pero incluso Churchill no tenía una idea clara de los medios que debían emplearse. Se irritó ante las sugerencias que sus colegas comunicaron a la prensa en el sentido de que el propio Churchill tenía una suerte de plan maestro destinado a eliminar el bolchevismo del mundo. Escribió a Lloyd George (21 de enero de 1919): “No tengo una política rusa. No conozco una política rusa. ¡Fui a buscarla! Deploro la falta de una política rusa”. Reconoció que no era una tarea de Occidente derrotar a Lenin: “Rusia debe salvarse gracias a los esfuerzos rusos”. La totalidad de los restantes líderes occidentales demostraron, en diferentes grados, una actitud tibia en relación con el asunto. El 14 de febrero de 1919 Wilson afirmó que estaba a favor del retiro de las fuerzas: “Nuestras tropas no hacían nada provechoso en Rusia. No sabían para qué o para quién estaban combatiendo”. Los franceses estaban más interesados en convertir en un gran Estado a su nuevo aliado, Polonia. Lloyd George afirmaba con referencia a la opinión pública de su país: “El mejor modo de difundir el bolchevismo era tratar de reprimirlo. El envío de soldados para derrocar a tiros el bolchevismo provocaría el bolchevismo aquí”. Sir David Shackleton, jefe del Ministerio de Trabajo, advirtió al gabinete, en junio de 1919, que la intervención británica era la causa principal de la inquietud obrera. La Oficina de Guerra previno que se mantenían “conversaciones revolucionarias en la Brigada de Guardias”, y el general Ironside, que estaba a cargo de Arcángel, cablegrafió a Gran Bretaña la noticia de que se observaban amotinamientos “muy tenaces y obstinados en sus propias tropas”.

Quizá nada de todo esto habría importado si Lloyd George, sobre todo, hubiese pensado que el leninismo era el peor de los males. Pero no era el caso. El leninismo apoyaba la autodeterminación. Estaba dispuesto a dejar en libertad, y en realidad ya lo había hecho, a todas las pequeñas naciones de su periferia: Finlandia, los Estados bálticos, Polonia, posiblemente Ucrania, Crimea y las repúblicas georgianas. En representación de los franceses, el mariscal Foch contemplaba la posibilidad de unir a estos nuevos Estados democráticos en un cordón sanitario, que aislase al bolchevismo de Europa civilizada. A diferencia de Churchill, la mayor parte de la opinión occidental entendía que los bolcheviques se oponían al expansionismo, y estaban dispuestos a aceptar una Rusia débil, imbuida de espíritu internacional. Para

estos sectores, los comandantes antibolcheviques, el almirante Kolchak y el general Denikin, eran los representantes del imperialismo zarista, las antiguas y temidas imágenes del “oso”, la “apisonadora rusa”, y así por el estilo. Esta opinión no carecía de sustento. Kolchak se negó tenazmente a ofrecer a los Aliados las seguridades que ellos deseaban acerca de la confirmación de la independencia de Finlandia y los Estados Unidos bálticos, después que él hubiese derrocado a Lenin. Ni siquiera estaba dispuesto a prometer que permitiría la realización de elecciones democráticas en la propia Rusia. Denikin se mostraba intensamente antipolaco y se oponía ásperamente a conceder la libertad a los ucranianos, al Cáucaso y a otras naciones pequeñas. Al parecer, deseaba restablecer el imperio zarista en toda su plenitud, y lo que es peor, con toda su ferocidad tradicional. Lo que más dañó la imagen de los rusos blancos en Occidente, e incluso a los ojos de Churchill, fue la identificación que hizo Denikin del bolchevismo con la judería, así como las atrocidades antisemitas de sus tropas: según parece, a lo largo de 1919, más de 100.000 judíos fueron asesinados en Rusia meridional, y ciertamente no todos en el curso de pogromos campesinos.

De hecho, los comandantes antibolcheviques nunca coordinaron bien con los Aliados ni con las nacionalidades oprimidas. De este modo, cuando Denikin se apoderó de Kiev, el 31 de agosto de 1919, y avanzó hacia Moscú, las fuerzas aliadas ya estaban siendo evacuadas en el Norte, con lo cual masas de tropas de Lenin pudieron desplazarse hacia el Sur. Y el 16 de octubre de 1919 las tropas del General Yudenich estaban a sólo cuarenta kilómetros de Petrogrado, y Denikin se encontraba cerca de Tula, al oeste de Moscú: en el plazo de una semana sus cosacos habían desertado, estallaron alzamientos nacionalistas en Ucrania y una rebelión general en el Cáucaso. A partir de ese momento, la oleada rusa blanca comenzó a retirarse, y hacia fines del año su causa estaba acabada.

El arma principal esgrimida por Lenin fue su disposición a entregar cheques con fecha adelantada, no sólo a los nacionalistas, sino sobre todo a los campesinos. Nadie sabía entonces que no se cancelarían ninguno de esos cheques. Los jefes polacos llegaron a la conclusión de que no podían igualar tales promesas. El general sir Henry Rawlinson, el último comandante británico en Rusia, opinó que la victoria fue el resultado del carácter y la decisión de los líderes bolcheviques: “Saben lo que quieren, y trabajan esforzadamente para conseguirlo”. Había apenas unos pocos miles de cuadros bolcheviques, pero Lenin les transmitió su voluntad de poder y les aportó una visión clara de los objetivos. Aún no habían comenzado a asesinarsé unos a otros. Se mostraron absolutamente implacables —mucho más que sus antagonistas— y fusilaron a los comandantes que fracasaban, a los desertores, a los pusilánimes, a los saboteadores y a todos los que discutían o provocaban dificultades. Es doloroso destacarlo, pero esa ferocidad casi siempre había obtenido resultados con los grandes rusos, y por supuesto, la mayor parte del pueblo que habitaba los territorios detrás de las líneas estaba formada por grandes rusos. Los elementos realmente intransigentes, las minorías y las nacionalidades raciales, estaban todos tras las líneas de los blancos, que se sentían incapaces de forzarlos a realizar concesiones. La conjunción fue fatal.

Pero Lenin no carecía de amigos en el exterior. Los vínculos determinados por el interés propio que se establecieron entre su régimen y los militares alemanes en noviembre de 1917, al parecer perduraron, aunque a veces fueron muy tenues, incluso después del Armisticio. Los oficiales militares británicos que asesoraban a Denikin y a otros comandantes británicos mencionan a menudo la ayuda militar alemana a los bolcheviques. La ayuda adoptó la forma inmediata de los oficiales de los *Freikorps*, los envíos de municiones y, a su debido tiempo, el aporte de conocimientos para la construcción de nuevas fábricas de material de guerra. Este último punto era fundamental para los alemanes, que de acuerdo con los términos del Tratado de Versalles tuvieron que desmantelar su industria de armamentos. Gracias a la ayuda secreta prestada a los bolcheviques en la tecnología armamentista y el desarrollo de nuevas armas, mantuvieron cierta continuidad en áreas especializadas, y cuando llegó el momento oportuno, de nuevo pudieron aplicarlas públicamente en la propia Alemania. Así se formó una extraña alianza secreta, que en ocasiones se manifestaba abiertamente, como en la Conferencia de Rapallo, celebrada en 1922, y de un modo todavía más sensacional en agosto de 1939, pero en general era mantenida en el más cuidadoso secreto: una relación funcional de los generales, los expertos en armas, y después de la policía secreta, que habría de continuar en una forma o en otra hasta el 22 de junio de 1941. Una de las ironías de la historia reside en el hecho de que los especialistas alemanes fueron los primeros en enseñar al comunismo soviético el modo de fabricar excelentes tanques, un arma utilizada para aplastar a Alemania en 1943-1945. La ironía más profunda del caso consiste en que fue una unión de enemigos de clase. ¿Acaso podría concebirse dos grupos más distantes uno del otro que los generales prusianos y los bolcheviques? Sin embargo, durante la crisis final y el período que siguió inmediatamente a la guerra, ambos grupos se vieron a sí mismos como proscritos, y ciertamente así se los veía. Existía cierto espíritu de fraternidad entre pistoleros en los arreglos que concertaban, los primeros de otros muchos por el mismo estilo que Europa habría de presenciar durante los veinte años siguientes.

El más antiguo de los cheques con fecha adelantada que Lenin firmó, y que no fue pagado, correspondió a las nacionalidades. Aquí, la metodología pertenecía a Lenin, pero el agente utilizado fue el ex seminarista Josef Djughashvili, o Stalin, a quien designó comisario del Comisariato del Pueblo de las Nacionalidades (Narkomnats). A lo largo de su carrera, Lenin demostró un genio brillante —aunque siniestro— para conferir a las palabras y las frases sentidos especiales que convenían a sus propósitos especiales —una cualidad que en muchas formas llegaría a ser lamentablemente conocida durante el siglo XX—. Así como para Lenin un parlamento, al que no podía controlar, era la “democracia burguesa”, y en cambio un Soviet, al que podía controlar, era la “democracia proletaria”, así la autodeterminación incorporó diferencias de clase. Rusia había perdido a Finlandia, los Estados bálticos y Polonia. Por lo tanto, se denominó “repúblicas burguesas” a estos países, y se formuló la reserva de que en un futuro momento propicio, cuando el poder soviético fuese mayor, sería posible transformarlos en “repúblicas proletarias”, y llevarlos a una relación más estrecha con la Unión Soviética. No se permitió que Ucrania, cuyos suministros de granos eran

esenciales para la supervivencia del régimen, optase por la “autodeterminación burguesa”, y en 1921-1922, después de terribles luchas, fue obligada a aceptar la “autodeterminación proletaria”, es decir, la incorporación a la Unión Soviética.

Stalin aplicó esta técnica al Cáucaso y al Asia rusa, dondequiera el poder militar bolchevique lo permitió. Si la autodeterminación levantaba la cabeza se la tachaba de “burguesa” y se la destruía. Como dijo el mismo Stalin, esos movimientos separatistas eran sencillamente intentos “de disfrazar con un ropaje nacional la lucha contra el poder de las masas trabajadoras”. La autodeterminación era el derecho, “no de la burguesía, sino de las masas trabajadoras”, y debía usárselo únicamente como un instrumento de “la lucha por el socialismo”. En realidad, la autodeterminación proletaria no podía manifestarse hasta que se hubiesen formado los Soviets u otros organismos proletarios auténticos. En ese momento, cada nacionalidad podía ejercer su “derecho”. A través del Narkomnats, Stalin creó un sistema para instalar en cada nacionalidad funcionarios cuya fidelidad al partido era más firme que la relación con el medio local, un método que su delegado Pestkovski describió después como el “apoyo a la antigua tradición rusificadora”. Cuando después de la derrota de Denikin se formó un nuevo Consejo de las Nacionalidades, éste fue sencillamente el portavoz de la política del Narkomnats, y sirvió para inducir a los Soviets locales y a los cuerpos representativos a renunciar al “derecho de separarse” a favor del “derecho de unirse”, otro ejemplo de la habilidad verbal de Lenin.

Hacia fines de 1920, el año decisivo, las nacionalidades que no habían escapado ya, quedaron sólidamente encerradas en el Estado soviético. Ucrania tuvo el mismo destino apenas el Ejército Rojo afirmó sólidamente su control sobre el país. La clave era el concepto leninista de la “unión voluntaria”, y el partido local suministraba el necesario ingrediente de “volición”, en respuesta a las órdenes del centro partidario en Moscú. De manera que, gracias al principio del “centralismo democrático” aplicado en el seno del partido, Lenin, y después Stalin, pudieron reconstruir el imperio zarista, y Stalin consiguió ampliarlo. Se creó una estructura externa de propaganda, la llamada Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, la que fue y continúa siendo la máscara del gran imperialismo ruso. Para llegar a la constitución de la URSS, el primer Congreso Panruso de los Soviets, el 10 de enero de 1923, designó una comisión de veinticinco miembros, incluso tres de las repúblicas de Transcaucasia y Rusia Blanca, cinco de Ucrania y cinco de las repúblicas autónomas. Pero en cada uno de estos grupos había un funcionario del partido sometido a rigurosos órdenes superiores: la constitución fue redactada en la cumbre misma de Moscú (de hecho, por el propio Stalin). Fue una constitución federal sólo en la nomenclatura superficial; a lo sumo confirió una forma legal externa a una autocracia muy centralizada, donde todo el poder real se encontraba en manos de un minúsculo grupo gobernante.

Las etapas que Lenin recorrió para crear esta autocracia merecen una descripción un tanto detallada porque se convirtieron, en los aspectos esenciales, en el siniestro modelo de muchos otros regímenes que siguieron durante las seis décadas siguientes. Lenin perseguía cuatro metas. En primer

lugar, destruir todo lo que representase oposición fuera del partido; segundo, concentrar todo el poder, incluido el gobierno, en manos del partido; tercero, destruir la oposición en el seno del partido; cuarto, concentrar todo el poder del partido en él mismo y en sus colaboradores. En la elaboración de la constitución y la creación de la URSS, las cuatro metas fueron perseguidas simultáneamente, aunque se realizaron algunas con más prontitud que otras.

La eliminación de toda la oposición no partidaria suscitó pocos problemas una vez que Lenin organizó la Cheka. La Constitución de 1918, redactada por Stalin de acuerdo con las instrucciones de Lenin, representaba la “dictadura del proletariado”, descrita brutalmente por Lenin en cierta ocasión “como una clase especial de garrote, y nada más”. No incluía salvaguardias constitucionales, y a nadie otorgaba derechos contra el Estado. El poder del Estado era ilimitado e indivisible —no había separación entre las funciones legislativa y ejecutiva, ni poder judicial independiente— y además absoluto. Lenin zahirió la antítesis entre el individuo y el Estado como la herejía de la sociedad de clases. En una sociedad sin clases, el individuo *era* el Estado, de modo que, ¿cómo podían hallarse en conflicto, por supuesto, a menos que el individuo fuese enemigo del Estado? Por lo tanto, no podía hablarse de igualdad de derechos; o de un hombre, un voto. De hecho, la votación para el Congreso Panruso de los Soviets incluía una manipulación fundamental de los distritos, pues los Soviets urbanos elegían un delegado por cada 25.000 habitantes, y en cambio los rurales (donde los bolcheviques eran más débiles) tenían un representante cada 125.000 habitantes. En definitiva, se negaba el voto (y otros “privilegios” civiles) a categorías enteras de personas y a innumerables individuos, y la constitución incluía entre sus “principios generales” esta lacónica observación: “En el interés general de la clase trabajadora, (el Estado) priva a los individuos o a grupos determinados de los privilegios que ellos pueden utilizar en perjuicio de la revolución socialista”.

Aunque los bolcheviques controlaron todos los órganos “representativos” a partir de 1918, los políticos opositores se mantuvieron en la escena un tiempo, si bien millares fueron fusilados en el curso de la guerra civil. En mayo de 1920 la delegación laborista británica que visitó Moscú, de acuerdo con Bertrand Russell, gozó de “libertad total para ver a los políticos de los partidos opositores”. Seis meses después, el Octavo Congreso Panruso de los Soviets fue el último que aceptó delegados que adherían al menchevismo o al socialismo revolucionario, e incluso éstos habían perdido mucho tiempo antes su derecho al voto. Por esa época, Martov, el único socialdemócrata importante que aún restaba, había salido de Rusia y denunciado al bolchevismo en el congreso de Halle de los socialistas independientes alemanes.

El último desafío real al régimen, originado fuera del partido, fue el motín de Cronstadt, el 28 de febrero de 1921, que comenzó en el acorazado *Petropavlovsk*. Los marineros habían sido siempre las cabezas calientes de la revolución. Creían realmente en la libertad y la igualdad. Alimentaban la absurda idea de que también Lenin compartía tales convicciones. Si hubiesen seguido el consejo de los pocos oficiales del antiguo Imperio que aún revistaban en la marina, habrían establecido una cabeza de puente en tierra firme (Petrogrado estaba a unos veintiocho kilómetros de distancia), y

extendido la revuelta a la capital, imponiendo sus reclamos mediante la fuerza. Esa actitud podría haber acarreado el fin del régimen, porque hacia principios de 1921 el bolchevismo era generalmente impopular, como lo indicaba el descontento de los marineros. De hecho, la rebelión representó una acusación total al régimen. Reclamaron la elección de los Soviets por el voto secreto, en lugar de hacerlo "levantando la mano" en mitines de masas; y el derecho de los candidatos rivales a realizar libremente su campaña. Afirmaron que todos los Soviets existentes carecían de representatividad. También exigieron la libertad de palabra y de prensa para "los partidos obreros, campesinos, anarquista y socialista de izquierda", la libertad de los sindicatos, la libertad de reunión, la formación de sindicatos de campesinos, la libertad de "todos los detenidos políticos socialistas" y de todos los encarcelados "en relación con los movimientos de obreros y campesinos", la creación de una comisión que reviera los casos de todos los detenidos en las cárceles y en los campos de concentración, la abolición de los "departamentos políticos" del ejército, la marina y el transporte público, pues "ningún partido puede gozar de privilegios para la propaganda de sus ideas y recibir dinero del Estado con ese propósito". Y finalmente, el derecho de los campesinos a "proceder como quisieran con toda la tierra". En resumen, se oponían prácticamente a todo lo que Lenin había hecho desde su ascenso al poder. Lo menos que puede decirse es que se mostraron ingenuos al suponer que siquiera uno de estos reclamos sería satisfecho, salvo a punta de pistola y, por cierto, pasando sobre el cadáver de Lenin.

Los marineros no extendieron a tierra firme la rebelión, y el régimen pudo organizarse. La fortaleza fue tomada por asalto el 18 de marzo, y los atacantes avanzaron sobre el hielo. Tujachevski, que estaba al frente de las tropas, utilizó a los jóvenes cadetes de los colegios militares, que debieron ser empujados a punta de pistola por un grupo de 200 bolcheviques desesperados, extraídos del Décimo Congreso del Partido. La posición del régimen fue que el motín había sido promovido desde el exterior por los guardias blancos y encabezado por ex oficiales zaristas. No hubo juicios públicos, pero Lenin seleccionó cuidadosamente, con destino a la publicación, una lista de trece "cabecillas", que incluía a un ex sacerdote, cinco ex oficiales y siete campesinos. Centenares, quizá millares, fueron asesinados después de aplastada la insurrección, aunque es probable que jamás se conozcan los detalles: el episodio ha sido sepultado por la historiografía soviética debajo de una enorme pirámide de mentiras.

Una vez aplastado el motín, Lenin decidió que ya no toleraría ninguna forma de actividad política fuera del partido. Afirmó que todos los que no estaban en el partido eran "sencillamente mencheviques y socialistas revolucionarios disfrazados con el moderno atuendo apartidario de Cronstadt". "A esas criaturas", agregó, "debemos enviarlas a la seguridad de la cárcel o remitirlas a Martov, en Berlín, para que gocen gratuitamente de todas las bellezas de la democracia libre". Después de esta declaración, realizada en mayo de 1921, la Cheka actuó con prontitud para anular todo lo que restaba de la actividad socialdemócrata; ese verano presenció la extinción de la oposición política visible al Estado de Lenin. Este había ofrecido a los que no eran comunistas la alternativa que afronta todavía hoy, sesenta años después: el silencio aquiescente, la cárcel o el exilio.

Al mismo tiempo comenzó el proceso que determinó que la afiliación al partido fuese esencial para ocupar un cargo importante en el Estado y en sus órganos, que proliferaban sin tregua. “En tanto que partido gobernante”, escribió Lenin en 1921, “no podemos evitar la fusión de las ‘autoridades’ soviéticas con las ‘autoridades’ partidarias; en nosotros se fusionan, y continuarán haciéndolo”. Y por su parte, Kamenev afirmaba: “Gobernamos a Rusia, y podemos gobernarla sólo por medio de los comunistas”. Se ordenó a estos últimos que se hicieran cargo de “la red de la administración estatal (ferrocarriles, suministros de alimentos, control, ejército, tribunales, etc.)”, los sindicatos y todas las fábricas y talleres, incluso los baños públicos y los comedores y otros organismos de bienestar, las escuelas y los comités de la vivienda. En todas las áreas debían formar “fracciones organizadas” y “votar unificados”. La afiliación al Partido Comunista ahora resultaba esencial para ascender; el partido había pasado de 23.600 miembros en 1917 a 585.000 a principios de 1921. De esta fecha datan los primeros esfuerzos enderezados a seleccionar a los miembros del partido (en octubre se organizó una “comisión central de verificación”), expulsar a los que mostrasen falta de entusiasmo, de sometimiento o de relaciones, y convertir al partido en un valioso privilegio que debía ser conquistado.

De esta manera nació lo que es, quizá, la característica más importante del Estado totalitario comunista: la jerarquía de los órganos del partido en la ciudad, el distrito, la región y la república, que se imponen en todos los planos de la autoridad a los órganos correspondientes del Estado. El “vanguardismo” de la Revolución se transformó ahora en el “vanguardismo” del dominio perpetuo, de modo que el partido se convirtió en lo que Lenin denominó la “fuerza conductora y orientadora” de la sociedad soviética, y después conservó ese carácter. El control del partido se manifestó sobre todo en el gobierno central y en el propio Sovnarkom, que en teoría estaba subordinado a los Soviets. S. Lieberman, uno de los “expertos” empleados por Lenin, afirmó que hacia 1921-1922, los dos sectores esenciales del gobierno, el Consejo de Comisarios del Pueblo y el Consejo de Trabajo y Defensa ya eran meros ratificadores de las decisiones adoptadas en el partido. Lydia Bach, que estudió el proceso en esa misma época, escribió en 1923 que el Sovnarkom “ha cesado de ser un organismo con voluntad propia, y se limita a registrar automáticamente las decisiones adoptadas en otros lugares y a refrendarlas”.

Por lo tanto, Lenin había desplazado a una clase gobernante y la reemplazó por otra, el partido. La “nueva clase”, denunciada durante la década de 1950 por el disidente comunista yugoslavo Milovan Djilas, ya existía hacia 1921-1922. Pero si la “*élite* de vanguardia”, que ahora tenía medio millón de miembros, y que en definitiva llegaría a los quince millones, gozaba de privilegios, e incluso ejercía autoridad administrativa, no compartía el poder real. Este debía ser derecho exclusivo de una vanguardia interior, una *élite* secreta. Tal como Rosa Luxemburgo lo había previsto, uno de los rasgos más deprimentes del régimen de Lenin fue la reproducción casi consciente de los peores rasgos del zarismo. También los zares habían realizado experimentos periódicos con el “gobierno responsable”, por medio de un sistema de gabinetes semejantes al Sovnarkom. Pedro el Grande había tenido su Senado, Alejandro I, su “Comisión de Ministros” en 1802, Alejan-

dro II, su “Consejo de Ministros” en 1857, y hubo otro cuerpo semejante en 1905. En todos los casos, la combinación de la autocracia con la burocracia descalabró el sistema, pues el zar trataba en privado con cada ministro, en lugar de permitir que el gabinete funcionara. El relente del Derecho Divino era demasiado intenso en la nariz del zar, del mismo modo que ahora el relente de la Historia y su asistente, la Dictadura del Proletariado, resultaba demasiado intenso en la nariz de Lenin. Cuando se tocaba el meollo en cuestión, Lenin no quería el “gobierno responsable”, del mismo modo que no deseaba ninguna forma de restricción legal, constitucional o democrática impuesta a sus decisiones.

Esta actitud lo llevó a aplastar todo lo que fuese oposición en el seno del partido, la tercera etapa en la creación de la autocracia de Lenin. Para ser justos con él, cabe destacar que siempre explicó claramente que creía en un pequeño partido centralizado, cuyas decisiones reales estuviesen en manos de muy pocos. Lo formuló de manera explícita en una carta a los obreros del partido, fechada en septiembre de 1902. Sus conceptos acerca del “centralismo democrático” eran claros y muy conocidos, aunque no fueron definidos en forma oficial hasta 1934, una década después de su muerte: (1) Aplicación del principio electivo a todos los órganos de dirección del partido, del más alto al más bajo; (2) Control periódico de los órganos partidarios por parte de sus respectivas organizaciones; (3) Rigurosa disciplina partidaria y subordinación de la minoría a la mayoría; (4) Carácter absolutamente obligatorio de la decisión del organismo superior para los órganos inferiores y todos los miembros del partido. Ahora bien, el rasgo más evidente de esta lista es que (3) y sobre todo (4) anulan completamente (1) y (2). De hecho, esa había sido la práctica de Lenin. El Congreso del partido, aunque en teoría era soberano y se había reunido anualmente entre 1917 y 1924, en realidad no representó un papel importante después de la ratificación del pacto de Brest-Litovsk, en marzo de 1918. Se convirtió en mera forma, como el Congreso Panruso de los Soviets. El Comité Central asumió su autoridad.

Lenin aprovechó el ramalazo de terror provocado por el motín de Cronstadt en el partido para liquidar de su seno todo lo que fuese un residuo de democracia. En el Décimo Congreso del Partido, que se celebró cuando aún no se había aplastado a los rebeldes, dijo a los delegados (9 de marzo de 1921) que había llegado el momento de conferir carácter monolítico al partido: “Camaradas, ahora no necesitamos una oposición. Este no es el momento oportuno. De este lado o del otro... ¡con un rifle, no con la oposición! ¡Camaradas, ahora no más oposición! Ha llegado el momento de terminar con ella, de aplicarle una tapa. ¡Ya hemos tenido suficiente oposición!” Debían terminar con “el lujo de la discusión y las disputas”. Era mucho mejor “discutir con los rifles” que con las tesis de la oposición.

Debido a la influencia de este discurso, y quizá temiendo que si el motín triunfaba, todos acabarían ahorcados en el lapso de dos semanas, los camaradas concentraron maravillosamente sus mentes y aprobaron una serie de resoluciones que dieron a Lenin todo lo que él deseaba. Incluyeron una cláusula secreta, denominada “Punto Siete”, que otorgaba al Comité Central “plenos poderes... para aplicar todas las medidas de castigo partidario, incluso la expulsión del partido” cuando se observase “una falta de disciplina

o el renacimiento de la tendencia a fraccionar o la tolerancia frente a ella”. Dicha expulsión era aplicable, incluso, a los miembros del Comité Central, por el voto de los dos tercios, y el Comité Central no necesitaba siquiera remitir el asunto al Congreso que, por lo tanto, abdicaba de su autoridad. Más aún, ahora se equiparaba el delito de “fraccionalismo” al de “contrarrevolución”, de modo que la totalidad de las fuerzas represivas, reservadas hasta ese momento para los enemigos del partido, podían utilizarse ya contra los miembros del partido, que serían juzgados y condenados en secreto. Algunos de los presentes tenían cabal conciencia de los riesgos. Karl Radek, el mismo que había comprado a Lenin aquel par de zapatos, dijo al Congreso: “Al votar esta resolución, pienso que bien puede volverse contra nosotros. Y sin embargo la apoyo... Que en momentos de peligro el Comité Central adopte las medidas más severas contra los mejores camaradas del partido si lo juzga necesario... ¡Incluso que el Comité Central se equivoque! ¡Eso es menos peligroso que la vacilación que ahora se observa!” Sabía que la democracia estaba firmando su sentencia de muerte. Lo que Radek (y muchos, muchísimos otros presentes) no comprendieron es que estaban firmando su propia sentencia de muerte.

Es indudable que esta falta de conciencia respondió al hecho de que en general no se percibía, ni siquiera en los niveles más altos del partido, la medida en que el propio Comité Central había renunciado al poder con la intención de favorecer a pequeños grupos existentes en su propio seno, incluida su propia burocracia. La burocracia partidaria era una creación intencional de Lenin. Este no sólo desconfiaba, sino que detestaba profundamente a la antigua burocracia imperial, entre otras razones porque se veía obligado a utilizarla. Deseaba contar con su propio cuerpo de funcionarios, más o menos como los zares (de nuevo la siniestra analogía), habían creado una “Cancillería personal” para esquivar el sistema del gabinete y el gobierno responsable. El 9 de abril de 1919, con el propósito de contrarrestar los “males de la antigua democracia”, Lenin emitió un decreto que establecía un Comisariato del Pueblo de Control Estatal, que debía vigilar a los funcionarios oficiales, y cuando fuese necesario sustituirlos por personas dignas de confianza. Designó a Stalin comisario de esta oficina; de hecho, fue la primera tarea independiente de gran importancia que afrontó Stalin.

Lo que agradaba a Lenin con respecto a Stalin era, sin duda, su enorme capacidad para soportar las tareas tediosas tras un escritorio. Un hombre como Trotsky se sentía bastante satisfecho en la acción violenta, o en la polémica fuerte hablada y por escrito. Lo que le faltaba era la disposición a descargar, día tras día y mes tras mes, la dura tarea de dirigir la máquina del Partido o el Estado. En este sentido, Stalin manifestaba un apetito insaciable, y como parecía que no poseía ideas propias, o más bien que adoptaba las de Lenin tan pronto le eran explicadas, Lenin derivó un número cada vez más elevado de despachos y de tareas burocráticas detalladas a esta paciente y entusiasta bestia de carga. En el Octavo Congreso del Partido, durante la primavera de 1919, fueron creados tres nuevos organismos muy importantes: un secretariado del Comité Central (formado por seis miembros), un Bureau de Organización (Orgburo) que debía dirigir al partido día tras día, y un Bureau Político o Politburó de cinco miembros, encargado de “adoptar decisiones en los asuntos que no admitiesen demoras”. Para evitar los peligros

de un choque entre estos tres organismos, se estableció una integración interrelacionada. El nombre de Stalin apareció tanto en el Politburó como en el Orgburo.

Gracias a esta multiplicidad de cargos (que incluía el desempeño en otros comités importantes), y al ejercicio de su capacidad de trabajo, durante los años 1919-1921, y sin duda en cumplimiento de las instrucciones de Lenin y con su total apoyo, Stalin comenzó a desplazar hombres en las laberínticas jerarquías del partido, del gobierno y los órganos soviéticos, con el propósito de obtener una máquina más homogénea, disciplinada y dócil, que respondiese por completo a la voluntad de Lenin. De ese modo adquirió un conocimiento inmensamente detallado de las personalidades, en Rusia entera tanto como en el centro, y poco a poco formó su propio grupo, pues llegó a conocerse como el más consecuente proveedor de cargos. Y durante todo este período fue el instrumento de Lenin. Era el burócrata perfecto, y había encontrado al amo perfecto, un hombre dotado de una voluntad enorme y un sentido absolutamente claro de la orientación.

Es significativo que las manipulaciones de Stalin en los recesos del partido comenzaron a manifestarse por primera vez en el Décimo Congreso del Partido en 1921, cuando Lenin consiguió que el partido renunciara al poder sobre sí mismo. Este procedimiento, que en la práctica otorgó al Comité Central el derecho de dictar sentencias de muerte aplicables a todos los afiliados (incluidos los propios miembros del Comité), determinó que Lenin se viese obligado a poseer una mayoría absolutamente segura de dos tercios en el Comité Central. Stalin la suministró. El Comité Central recientemente elegido incluía a muchos hombres que ya estaban vinculados con él: Komarov, Mijhailov, Yaroslavsky Ordzhonikidze, Voroshilov Frunze, Molotov, Petrovsky, Tuntal, y otros miembros-candidatos como Kirov, Kuibyshev, Chubar y Gusev. Esta era la legión dócil reclutada por Stalin en beneficio de Lenin. También se mostró sumamente activo en la nueva Cancillería Personal o Secretariado de Partido, que comenzó a desarrollarse casi con tanta rapidez como la Cheka, y por razones análogas. En mayo de 1919, este organismo tenía un personal que llegaba a la cifra de treinta; ese número se elevó a 150 hacia el Noveno Congreso del Partido, en marzo de 1920; y el año siguiente, cuando Lenin destruyó la democracia en el partido, incluía 602 personas, más su propio elenco de 140 individuos integrado por los guardias y los mensajeros. Finalmente, en el Undécimo Congreso del Partido, Lenin dio a Stalin la posesión formal de este pequeño imperio privado que había creado con tanta dedicación, pues lo convirtió en secretario privado del partido, y sus secuaces Molotov y Kuibyshev fueron los ayudantes. Este paso fue decidido en secreto y anunciado en una pequeña nota publicada en *Pravda*, el 4 de abril de 1922. Uno de los bolcheviques, Preobrazhensky, protestó contra esa concentración del poder en la persona de Stalin. ¿“Era concebible”, preguntó, “que un hombre pudiese atender el trabajo de dos comisariatos así como la labor del Politburó, el Orgburo y una docena de comités del Partido”? Al parecer, no se hizo caso de la protesta.

Dos meses después, Lenin sufrió su primer ataque. Pero había completado la tarea. Había construido, de manera sistemática en todos los aspectos esenciales, la estructura más detallada de la tiranía estatal que el

mundo había visto hasta ese momento. En el Viejo Mundo, las autocracias personales, excepto quizá durante breves períodos, habían sido fenómenos limitados, o por lo menos condicionados por otras fuerzas de la sociedad: una iglesia, una aristocracia, una burguesía urbana, antiguas cartas de derechos, y tribunales y asambleas. Y existía también el concepto de una fuerza externa restrictiva, en la idea de una deidad o un Derecho Natural, o un sistema absoluto de moral. La nueva utopía despótica de Lenin carecía de tales contrapesos o inhibiciones. La Iglesia, la aristocracia y la burguesía habían sido barridas. Todo lo que quedaba era propiedad del Estado o se encontraba bajo su control. Todos los derechos correspondían al Estado, y en él, enorme y cada vez más desarrollado, incluso los más delgados filamentos de poder se concentraban en manos de un grupo minúsculo de hombres y, en definitiva, de un hombre. Por supuesto, existía una complicada y pretenciosa estructura de representación. Pero hacia 1922 aquella no tenía el más mínimo significado. Uno podía explorar los vastos corredores vacíos y no hallaba una chispa de vida democrática. ¿Cómo podía ser de otro modo? Lenin detestaba la esencia de la democracia; consideraba que sus formas eran sólo un medio de legitimar la violencia y la opresión. En 1917, el año en que asumió el poder, definió el estado democrático como “la organización destinada a promover el uso sistemático de la violencia de una clase contra la otra, de una parte de la población contra otra”. ¿Quién a quién? Era su criterio supremo. ¿Quién estaba haciendo qué a quién? ¿Quién estaba oprimiendo a quién; quién explotaba o fusilaba a quién? En el caso de un hombre que pensaba en esos términos, que al parecer era incapaz de concebir las cosas en otra forma, ¿era posible imaginar un conjunto de disposiciones políticas que no tuviesen perfiles despóticos, que no estuviesen dirigidos por un autócrata y no se aplicasen mediante la violencia?

En el último Congreso del Partido al que asistió Lenin, su imaginería tuvo más que nunca perfiles militares: rifles, ametralladoras, pelotones de fusilamiento. “Es indispensable”, dijo, “castigar de manera rigurosa, severa, inflexible, la más leve falta de disciplina”. O también: “Nuestros tribunales revolucionarios deben fusilar”. No se trataba de que esa actitud fuese “deseable”, sino que era *indispensable*. No es que fuese “posible”, sino que era *obligatorio*. Lenin redactó personalmente el párrafo que continúa siendo hasta hoy la base del derecho penal soviético, del despotismo:

La propaganda, o la agitación, o la participación en una organización, o la cooperación con organizaciones que tiendan... a ayudar en lo más mínimo al sector de la burguesía internacional, que no reconoce los derechos iguales del sistema comunista que ha venido a ocupar el lugar del capitalismo, y que intente derrotarlo por la fuerza, sea a través de la intervención o el bloqueo o el espionaje, o el financiamiento de la prensa, u otro medio cualquiera, pueden ser castigadas mediante la muerte o la cárcel.

¿Qué era este párrafo, tan global como las palabras podían hacerlo, sino una autorización irrestricta para practicar el terror? En efecto, ese fue su propósito, como el propio Lenin lo explicó en una carta al comisario de justicia Kursky, el 17 de mayo de 1922, en vísperas de su ataque: “El párrafo acerca del terror debe ser formulado del modo más amplio posible,

pues sólo la conciencia revolucionaria de la justicia y la conciencia revolucionaria pueden determinar las condiciones de su aplicación práctica". Aquí, Lenin estaba condensando su menosprecio de toda la vida por lo que fuera un sistema de ley moral. Así como pocos años más tarde, Adolfo Hitler justificaría sus actos por referencia a lo que él denominaba "la ley superior del partido", Lenin afirmaba que la "conciencia revolucionaria" era la única idea moral que debía aplicarse en la gigantesca máquina de masacre y crueldad que él había creado. Es posible que Lenin creyese en la existencia de lo que él denominaba una "conciencia revolucionaria". Sin duda creía poseerla. Hasta fines de 1918 intervino, de tanto en tanto, en la campaña del terror, para salvar la vida de alguien a quien conocía personalmente. Pero la totalidad de sus restantes actos y dichos, verbales y escritos, en pronunciamientos públicos y cartas privadas, implicaba acicatear a sus subordinados para que acentuaran su salvajismo, sobre todo hacia el final. No cabe la más mínima duda de que Lenin estaba corrompido por el poder absoluto que había forjado para sí mismo. Otro tanto cabe decir de sus colegas. El proceso mismo de la revolución violenta, y después de la autopreservación mediante la violencia, inevitablemente destruyó la conciencia y todos los restantes elementos idealistas. Esta cuestión había sido bien aclarada una década antes por el sabio y melancólico anciano polaco Joseph Conrad, en su novela acerca de la revolución, *Under Western Eyes* (1911):

En una auténtica revolución, no ocupan el primer plano los mejores individuos. Una revolución violenta cae, al principio, en manos de los fanáticos de mente estrecha y los hipócritas propensos a la tiranía. Después, es el turno de todos los pretenciosos fracasados intelectuales del momento. Tales son los jefes y los líderes. Usted advertirá que he excluido a los meros canallas. Los escrupulosos y los justos, las naturalezas nobles, humanas y abnegadas, los generosos y los inteligentes quizás inicien un movimiento, pero se les escapa de las manos. No son los líderes de una revolución. Son sus víctimas: las víctimas de la repugnancia, de la desilusión, a menudo del remordimiento. Las esperanzas traicionadas grotescamente, los ideales caricaturizados, tal es la definición del éxito revolucionario.

Sólo la extraña miopía de Lenin respecto de la gente, resultado de su esencial falta de interés en ella, en cuanto individuos, le impidió advertir que la guerra civil había destruido los últimos vestigios de la "conciencia revolucionaria", que pudo haber existido otrora. Por supuesto, al llegar a ese punto, el propio Lenin había sido consumido por el cáncer orgánico del poder. El proceso fue descrito en una novela que sin duda el propio Lenin había leído en otra etapa, *La casa de los muertos*, de Dostoievski:

Quien ha realizado la experiencia del poder, de la capacidad irrestricta de humillar a otro ser humano... automáticamente pierde el poder sobre sus propias sensaciones. La tiranía es una costumbre, tiene su propia vida orgánica y se convierte finalmente en enfermedad. La costumbre puede destruir y embrutecer al mejor hombre, reduciéndolo al nivel de una bestia. La sangre y el poder embriagan... el hombre y el ciudadano perecen definitivamente con el tirano; el retorno a la dignidad humana, al arrepentimiento, a la regeneración, llega a ser casi imposible.

Ciertamente, Lenin nunca manifestó el más mínimo pesar en relación con la obra de su vida, aunque durante los últimos dos años y medio fue un ser enfermo, irritado, frustrado y en definitiva impotente. Afírmase que hacia el final, reconoció en Stalin al monstruo en ascenso que en efecto era, y que trató desesperadamente de acrecentar la influencia de Trotsky como una suerte de contrapeso. Uno desearía creer que Lenin se convirtió en víctima de su propio despotismo. Pero los hechos, de ningún modo, están claros. Sin embargo, existe un elemento sugestivo y siniestro. Como parte de su proceso de deshumanización, Lenin había insistido desde el comienzo de su gobierno en que los órganos partidarios se interesaran por la salud de los principales miembros del partido y les ordenaran (sobre la base del consejo médico) que se tomaran licencia, se hospitalizaran y descansaran. A mediados de 1921, Lenin comenzó a sufrir severas jaquecas. El 4 de junio, el Orgburo le ordenó que tomara licencia. Lenin desobedeció la orden. Se tomó un descanso de un mes en julio, y después comenzó a trabajar menos. En agosto llegaron nuevas órdenes del Politburó. Reanudó el trabajo normal el 13 de septiembre, después de casi tres meses. Pero a principios de diciembre su salud empeoró, y Lenin pasó más tiempo en su casa de campo en Gorki, en las afueras de Moscú. Durante las primeras semanas de 1922 se impartieron otras órdenes, en el sentido de que debía trabajar poco o descansar del todo, y en teoría debía visitar Moscú sólo con autorización del secretariado del Partido. Su influencia se ejerció a lo largo del Décimo Congreso del Partido, pero oficialmente presidió unas pocas comisiones. Había salido de Moscú para iniciar un nuevo descanso cuando sufrió su primer ataque, el 25 de mayo de 1922. Tuvo que retirarse de la actividad durante varios meses, y cuando regresó al trabajo, el 2 de octubre, el secretariado, en nombre del Comité Central, impuso un régimen riguroso y le impidió el acceso a los documentos. No cabe ninguna duda de que Stalin fue el agente más activo de esta restricción médica, y el 18 de diciembre, él mismo se había designado formalmente supervisor de la salud de Lenin.

Esta situación condujo, de manera directa, a la ruptura entre Lenin y Stalin. Este último descubrió que Lenin había estado trabajando en secreto, y contrariando las órdenes del partido, y sobre todo que había estado dictando cartas a su esposa. Insultó por teléfono a Krupskaya, y amenazó con someterla a una investigación de la Comisión Central de Control. El 24 de diciembre Lenin dictó su "testamento". Analizaba por su nombre a seis líderes soviéticos. Decía de Stalin que tenía demasiado poder, y que podía usarlo con escasa precaución. Afirmaba de Trotsky que estaba "en exceso preocupado por el aspecto meramente administrativo de las cosas" ("administrativo" era el eufemismo que Lenin utilizaba para referirse a la fuerza y al terror). La noche del 30 de diciembre, Lenin dictó otra nota, que mostraba una hostilidad cada vez más acentuada hacia Stalin, y sus dos últimos artículos fueron ataques a la Comisión de Control de Stalin. El 4 de enero de 1923 Lenin dictó una postdata a su "testamento": "Stalin es demasiado grosero... y eso resulta intolerable en un secretario general. Por lo tanto, propongo a nuestros camaradas que consideren el medio de apartarlo de ese cargo". La noche del 5 de marzo, Lenin escribió a Stalin, reprendiéndolo por los insultos telefónicos a su esposa, y diciéndole que debía disculparse o afrontar "la ruptura de relaciones entre nosotros". Cuatro días después

sobrevino el segundo y más grave ataque, que privó a Lenin del habla, el movimiento y el pensamiento. El último ataque provocó su muerte, en enero de 1924; pero a esa altura de las cosas su actividad había cesado totalmente.

De este modo, Lenin legó a su sucesor todos los elementos de un despotismo personal que funcionaba febrilmente. Entretanto, ¿cuál había sido la suerte de la Utopía? En 1919, el periodista norteamericano Lincoln Steffens había acompañado a una misión oficial norteamericana enviada por Wilson a Rusia para comprobar qué sucedía en ese país. Al regreso, Bernard Baruch le preguntó cómo era la Rusia de Lenin, y Steffens contestó: “Estuve asomándome al futuro, ¡y funciona!” Fue uno de los primeros comentarios de un liberal occidental acerca del nuevo tipo de totalitarismo, y fijó la pauta de muchas observaciones formuladas más tarde. ¿Qué había visto realmente Steffens? El propósito global de la revolución promovida por la “élite de vanguardia” de Lenin era acelerar la industrialización del país, y por lo tanto la victoria del proletariado. Pero cuando Lenin asumió el poder, sucedió lo contrario. Antes de la guerra, la producción industrial rusa estaba aumentando con mucha rapidez: el 62 por ciento entre 1900 y 1913. En todo caso, hasta fines de 1916 continuó desarrollándose en algunas direcciones. Pero cuando los campesinos se negaron a entregar su cosecha de 1917 (para complacencia y beneficio de Lenin), y los alimentos ya no llegaron a las ciudades, los obreros industriales, muchos de ellos nacidos en el campo, comenzaron a retornar a sus aldeas natales. La revolución de Lenin convirtió el retorno en una estampida. A partir del invierno de 1917-1918, la población de Petrogrado descendió de 2,4 a 1,5 millones; en 1920 era una ciudad fantasma, que había perdido el 71,5 por ciento de su población; Moscú perdió el 44,5 por ciento. El año en que Steffens “se asomó al futuro”, la fuerza de trabajo de la industria rusa había descendido al 76 por ciento de su total de 1917, y el deterioro resultaba más acentuado en el sector de los obreros especializados. La producción de mineral de hierro fundido descendió al 1,6 y 1,4 por ciento de sus totales de 1913, y la producción total de bienes manufacturados era, hacia 1920, nada más que el 12,9 del nivel de la preguerra. En 1922, el año en que Lenin sufrió su primer ataque, los miembros de pensamiento más independiente del régimen hablaban de la desindustrialización de Rusia. Máximo Gorki expresó a un visitante francés:

Hasta aquí los obreros eran los amos, pero son sólo una minúscula minoría... los campesinos forman legión... El proletariado urbano ha disminuido constantemente durante cuatro años... La inmensa ola campesina terminará por tragárselo todo... El campesino se convertirá en amo de Rusia, pues representa el número. Y eso será terrible para nuestro futuro.

¿Qué había sucedido? En realidad, aunque Lenin comprendía muy bien el modo de crear un despotismo, no tenía en absoluto una visión práctica de la Utopía. Marx no había aportado indicios. Describió la economía capitalista. Nada dijo acerca de la economía socialista. Marx observó imprecisamente que aquella sería organizada por la “sociedad”. Sólo estaba seguro de que una vez que “todos los elementos de la producción, estuvieran en manos del Estado, es decir, del proletariado como clase gobernante”, se comprobaría que “las fuerzas productivas alcanzaban su nivel máximo y las

fuentes de riqueza fluirían con total abundancia”. Lenin tampoco tenía ideas acerca del tema. Dedujo de Marx que “El Estado debía dirigir la economía industrial. Del mismo modo que la “*élite* de la vanguardia” debía ocupar el lugar del proletariado para imponer la revolución en una economía industrial subdesarrollada, también debía representarlo en la administración de “todos los elementos de la producción”. Y como Lenin creía en el ultracentralismo en los asuntos políticos, y había creado una maquinaria teniendo en vista precisamente esta meta, también debía existir un control centralizado de la industria, ejercido por el partido (es decir, por él mismo y sus asociados inmediatos). Esta tosca línea de pensamiento estaba en la base de las “tesis de abril” y de otros dos escritos de los tiempos de la guerra: *¿Conservarán los bolcheviques el poder?*, y *El estado y la Revolución*. También determinó su decisión, en diciembre de 1917, de crear un organismo denominado Vesenja (Consejo Supremo de la Economía Nacional), y durante los dos o tres meses siguientes, ministerios especiales destinados a controlar las grandes industrias, dotados todos ellos de un elenco de burócratas.

Así, casi por azar, Rusia soviética adquirió una economía centralizada y “planeada”, del tipo que ha mantenido desde entonces, y exportado a una tercera parte del mundo. Como de costumbre, Lenin pensaba absolutamente por referencia al control, no a la producción. Creía que si se creaba el adecuado sistema de control (y el Politburó adoptaba todas las decisiones básicas), los resultados serían una consecuencia inevitable. Ignoraba por completo el proceso en virtud del cual se crea riqueza. Lo que él deseaba era obtener cifras: a lo largo de toda su vida había manifestado un apetito insaciable de informes. Uno a veces sospecha que en Lenin había un genial tenedor de libros que se esforzaba por salir a la superficie y bombardear al mundo con libros de contabilidad. En todas sus observaciones referidas a cuestiones económicas, después de asumir el poder, la frase que aparece con más frecuencia se refiere a “la contabilidad y el control rigurosos”. A sus ojos, las estadísticas constituían la prueba del éxito. De este modo, los nuevos ministerios y las nuevas fábricas de propiedad estatal produjeron enorme cantidad de estadísticas. La producción estadística llegó a ser, y continúa siendo hasta hoy, una de las características más impresionantes de la industria soviética. Pero la producción de bienes era otro asunto.

La forma de la economía soviética estuvo determinada, asimismo, por otro factor accidental, que aportó a Lenin una visión práctica. Nos referimos a la estructura alemana de producción para la guerra. Debemos recordar que durante el período de formación del estado leninista, es decir, sus doce meses iniciales, Rusia fue primero la parte negociadora, y después el títere económico de Alemania. Como hemos visto, hacia 1917, los alemanes habían adoptado el modelo de capitalismo de Estado de Rusia en la preguerra, y lo habían fusionado con su propio Estado, dirigido ahora por los militares. Lo denominaron “socialismo de guerra”. Parecía impresionante; más aún, en muchos aspectos lo era, y en todo caso impresionó a Lenin. En adelante, la totalidad de sus ideas industriales se vieron determinadas por la práctica alemana. Su primer responsable industrial, el ex menchevique Larin, era también un entusiasta defensor de los métodos alemanes, los cuales, por supuesto, armonizaban perfectamente con las ideas de control central de Lenin. Comenzó a contratar especialistas alemanes, otro ejemplo de la re-

lación especial que se estableció entre los elementos antidemocráticos de ambos países. Cuando otros bolcheviques se opusieron, Lenin replicó con su folleto *El ultraizquierdismo y el espíritu pequeño burgués*:

Sí: ¡Aprendamos de los alemanes! La historia sigue caminos zigzagueantes y sinuosos. Sucede que los alemanes son los que ahora, al mismo tiempo que el imperialismo bestial, representan el principio de disciplina, de organización, de cooperación sólida, sobre la base de la maquinaria más moderna, de la contabilidad y el control rigurosos. Y eso es precisamente lo que nos falta.

Lenin afirmó que el “capitalismo de estado alemán” era “un paso” hacia el socialismo. La historia había ejecutado “una extraña maniobra”. Había originado “dos mitades separadas del socialismo, una junto a otra, como dos polluelos nacidos de un solo huevo”; la revolución política en Rusia, la organización económica en Alemania, ambas eran necesarias para el socialismo. De manera que la nueva Rusia debía estudiar el “capitalismo de Estado de los alemanes”, y adoptarlo *con todo el vigor posible*, sin ahorrar los métodos *dictatoriales* con el fin de apresurar su adopción, con más intensidad aún de la que demostró Pedro [el Grande] cuando apresuró la adopción del occidentalismo por parte de la Rusia bárbara, y no retrocedió ante la necesidad de utilizar armas bárbaras para combatir la barbarie”.

De modo que podría afirmarse que el hombre que inspiró realmente el planeamiento económico soviético fue Ludendorff. Su “socialismo de guerra” no retrocedió, por cierto, ante la barbarie. Utilizó la mano de obra de los trabajadores esclavos. En enero de 1918, Ludendorff quebró una huelga de 400.000 trabajadores berlineses reclutando a decenas de miles, y enviándolos al frente como “batallones de trabajo”. Muchos de sus métodos serían revividos e intensificados más tarde por los nazis. Resultaría difícil concebir un modelo más perverso para un Estado obrero. Sin embargo, éstos eran precisamente los rasgos del “socialismo de guerra” alemán que Lenin apreciaba más. Lo que los alemanes temían, y lo que Lenin deseaba, era una fuerza de trabajo dócil. Se propuso conseguirla. La primera ilusión que destruyó fue la que implicaba que los soviets obreros que se habían apoderado de las fábricas debían dirigirlas. El vocero sindical Lozovsky advirtió: “Los obreros de cada empresa no deben tener la impresión de que la empresa les pertenece”. ¡No había razón para temer eso si Lenin ejercía el control! “Los que perturban la disciplina”, afirmó Lenin, “deberían ser fusilados”. En enero de 1918, el régimen bolchevique había asumido el control de los sindicatos y los había incorporado al gobierno. De todos modos, eran organismos débiles. El único sindicato fuerte era el de los ferroviarios, que opuso cierta resistencia y no fue aplastado definitivamente hasta 1920-1921. Los restantes líderes sindicales recibieron cargos, despachos y sueldos, y se convirtieron en sumisos funcionarios oficiales. Como dijo Zinoviev, los sindicatos se habían convertido en “órganos del poder socialista” y en “órganos del Estado socialista”, y para todos los trabajadores, “la participación en los sindicatos será parte de su deber frente al Estado”. De modo que se impuso universalmente la organización sindical de los talleres y las fábricas, y en compensación los funcionarios sindicales (que pronto tuvieron que ser miembros del partido, sometidos a la disciplina partidaria) trabajaron en estrecha

relación con los burócratas ministeriales y los gerentes de las fábricas para “elevar la producción socialista”. En poco tiempo más se convirtieron en sindicatos de empresas, del tipo más degradado, y en este caso la “empresa” era el Estado. En este sistema corporativista, la principal tarea de los sindicatos fue la “disciplina de la fuerza del trabajo”, y así acabaron convertidos en una fuerza de policía industrial.

Este ejercicio del control llegó a ser necesario cuando Lenin aplicó su concepto del “servicio universal de trabajo”, por analogía con la conscripción militar. El Séptimo Congreso del Partido reclamó “las medidas más enérgicas, inflexiblemente decisivas y draconianas para elevar la autodisciplina y la disciplina de los trabajadores”. A partir de abril de 1918, los sindicatos comenzaron a trabajar y dictaron “reglamentos” con el fin de “establecer normas de productividad”. Los trabajadores que se rebelaron fueron expulsados del sindicato, lo cual implicaba la pérdida del empleo y de las raciones de alimentos, sobre la base del aforismo de Lenin: “El que no trabaja no come”. Las huelgas fueron declaradas ilegales. “No puede haber huelgas en la Rusia soviética”, dijo en enero de 1919 Tomsy, jefe de la confederación sindical, “pongamos ese punto sobre esa i”. Se confiscaron los fondos de huelga y se los utilizó para promover huelgas en los “países burgueses”. En junio de 1919 comenzaron a distribuirse en las grandes ciudades las “libretas de trabajo”, sobre el modelo de los países para trabajar impuestos a los nativos por distintos gobiernos coloniales. Más o menos por la misma época nacieron los primeros campamentos de trabajo organizados: allí estaban los “trabajadores indisciplinados”, los “vagabundos” y otras personas descontentas u ociosas enviadas por la Cheka, los tribunales revolucionarios o el Narkomtrud, el organismo responsable de la movilización general de la fuerza de trabajo. A partir de enero de 1920, todos podían ser convocados a cumplir la *corvé* obligatoria: construcción de caminos, edificios, acarreo, etc. Como dijo un vocero del Narkomtrud: “Suministramos fuerza de trabajo de acuerdo con un plan, y por lo tanto sin tener en cuenta las peculiaridades o las calificaciones individuales, o el deseo del trabajador de ejecutar este o aquel tipo de trabajo”. Las Chekas de las provincias dirigían los campamentos, cuya administración estaba en manos de una sección especial del Comisariato del pueblo de Asuntos Internos, la NKVD. Había una segunda serie de campamentos, que aplicaban un régimen más duro, y donde se ejecutaban tareas “difíciles y desagradables” (es decir, en el Artico), y presuntamente estaban destinados sólo a los contrarrevolucionarios, aunque pronto se poblaron de trabajadores comunes.

El fin de la guerra civil no implicó la terminación del trabajo obligatorio. Como todas las instituciones de “emergencia” creadas por Lenin, se convirtió en una forma permanente. Más aún, el Tercer Ejército de los Urales se transformó pronto en el Primer Ejército Revolucionario del Trabajo, de acuerdo con un decreto del 15 de enero de 1920, y la mayoría de sus “soldados” nunca retornó a sus hogares. Trotsky se entusiasmó con lo que él denominaba la “militarización de la clase trabajadora”. Radek denunció “el prejuicio burgués de la ‘libertad de trabajo’”. El Noveno Congreso del Partido de 1920 ordenó que los trabajadores que abandonaran sus empleos fuesen considerados desertores de la fuerza de trabajo, y castigados con el “confinamiento en un campo de concentración”. La nueva antisociedad fue bautizada

con una frase del arsenal lingüístico del leninismo: “Conocemos el trabajo esclavo”, dijo Trotsky al tercer Congreso de los Sindicales, “conocemos el trabajo servil. Conocemos el trabajo obligatorio y regimentado de las corporaciones medievales, y hemos conocido el trabajo asalariado al que la burguesía denomina ‘libre’. Ahora estamos avanzando hacia un tipo de trabajo regulado socialmente sobre la base de un plan económico que es obligatorio para el país entero... Este es el fundamento del socialismo”. El trabajo obligatorio bajo el capitalismo, escribió Bujarin, era todo lo contrario del trabajo obligatorio bajo la dictadura del proletariado: el primero implicaba “la esclavitud de la clase trabajadora”, y el segundo la “autoorganización de la clase trabajadora”. Estos dos hombres serían asesinados más tarde utilizando las mismas ficciones verbales.

En realidad, como hemos visto, la clase trabajadora estaba reorganizándose en las aldeas con ritmo alarmante. A semejanza de los zares, y antes que él, de Kerenski, Lenin, de un modo o de otro, tenía que obtener alimentos de los campesinos. ¿Cómo hacerlo... utilizando el mercado o apelando a las bayonetas? Primero ensayó las bayonetas. En 1917 Lenin había incitado a los campesinos a apoderarse de la tierra. En 1918 intentó apoderarse de la tierra en beneficio del Estado. Su ley “acerca de la socialización de la tierra”, el 19 de febrero de 1918, señaló que el propósito de la medida era “desarrollar el sistema agrario colectivo” a “expensas de las parcelas individuales”, con el fin de promover “una economía socialista”. Pero en la práctica, como observó un funcionario del Narkomzem, el ministerio oficial de Agricultura, “la tierra sencillamente fue ocupada por los campesinos locales”. Recibieron el 86 por ciento de la tierra confiscada, y sólo el 14 por ciento fue a parar a las granjas y comunas estatales creadas poco antes. De modo que cuando llegó la cosecha del otoño de 1918, Lenin envió al campo destacamentos armados de obreros fabriles para confiscar la mayor cantidad posible de alimentos, y trató de alentar la formación de “comités de campesinos pobres”, destinados a oprimir a los que él denominaba “kulaks y campesinos ricos”, y que habían “amasado enormes sumas de dinero”. Más tarde, Lenin reunió todos estos recursos en grupos de “obrerros y campesinos pobres”, formados por veinticinco individuos, que recibían una parte de los alimentos que conseguían robar. Pero, tal como dijo Tsuruyupa, comisario de Agricultura, apenas llegaban al campo “comenzaban a dispersarse y se emborrachaban”. Con posterioridad, Lenin inventó una nueva categoría de “campesinos medios”, e intentó oponerlos a los “kulaks”. Todas estas clases existían sólo en su mente, y no guardaban relación con los campesinos de carne y hueso de las aldeas reales, y por lo tanto la táctica tampoco resultó eficaz.

Hacia la primavera de 1921, cuando se alzaron los marinos de Cronstadt, la política económica que Lenin aplicaba entonces era un fracaso evidente. La industria, de hecho, no producía nada. En las ciudades no había alimentos. De acuerdo con el reconocimiento del propio Lenin, “decenas y centenares de miles de soldados dispersos” estaban convirtiéndose en bandidos. Casi lo único que abundaba era el rublo papel, que brotaba casi sin descanso de las prensas de imprimir, y cuyo valor ahora había descendido casi al uno por ciento, o poco más, del que tenía en noviembre de 1917. Algunos bolcheviques trataron de hacer de la necesidad virtud, y se vanaglo-

riaban de que se había provocado intencionadamente la inflación con el propósito de destruir el antiguo dominio del dinero. Uno afirmó que las prensas de la casa oficial de moneda eran “la ametralladora del Comisariato de Finanzas que disparaba sobre el trasero del sistema burgués”. Zinoviev expresó a los socialdemócratas alemanes: “Estamos acercándonos a la *abolición total del dinero*”. En cierto sentido eso era cierto: el papel moneda nunca recuperó su antiguo significado en la Unión Soviética. Pero el precio pagado ha consistido en la escasez permanente que se observa en las tiendas.

En todo caso, los campesinos no estaban dispuestos a aceptar el rublo papel de Lenin y en mayo de 1921 él realizó su movimiento. Era evidente que si no conseguía traer alimentos a las ciudades, su régimen se derrumbaría. Es posible que haya andado escaso de auténticas ideas económicas, pero las de carácter verbal nunca le faltaron. Ahora acuñó la frase “Nueva Política Económica”. De hecho, la NEP implicaba rendirse ante los campesinos y regresar a un sistema de mercado basado en el trueque. Las pandillas de matones fueron retiradas y se permitió que los campesinos consiguieran lo que pudiesen por sus alimentos. Se autorizó la reapertura de pequeñas fábricas y talleres, al margen del control oficial, con el fin de producir artículos que los campesinos estaban dispuestos a aceptar a cambio del grano. Por desgracia, la capitulación de los bolcheviques llegó demasiado tarde para afectar la siembra de 1921, y un invierno muy seco provocó el hambre, el primero de la historia rusa provocada básicamente por la acción oficial. De acuerdo con la estimación de Kalinin, afectó a unos 27 millones de personas. Es posible que durante el invierno de 1921-1922 hayan muerto alrededor de 3 millones de individuos. Desesperado, el gobierno se volvió hacia la American Relief Administration (Administración Norteamericana de Ayuda), organizada bajo la dirección de Herbert Hoover. Por primera vez, Rusia, hasta ese momento uno de los principales exportadores mundiales de alimentos, tuvo que volverse hacia la agricultura capitalista norteamericana para salvarse de los desastrosos efectos de su experimento colectivista. Sesenta años después se repetía el mismo esquema. Los campesinos habían destruido al zar y posibilitado el leninismo. Contra lo que había prometido, Lenin no los recompensó. Ellos exigían su precio. Todavía está pagándose ese precio.

Así concluyó, en el fracaso más absoluto, el primer experimento importante de lo que ahora está de moda denominar ingeniería social. Lenin lo denominó “una derrota y una retirada, para desencadenar otro ataque”. Pero poco después él había muerto, y el “nuevo ataque” contra los campesinos quedó a cargo del monstruo burocrático que dejó. Lenin creía en el planeamiento porque era “científico”. Pero desconocía el modo de aplicarlo. Creía que debía existir una suerte de truco mágico, el cual en su caso adoptó la forma de la “electrificación”. Como de costumbre, fascinado por la “minuciosidad” germánica, admiró sin reservas la obra *Der Zukunftsstaat*, de Karl Ballod, publicada en 1919. Ese libro inspiró su lema: “El comunismo es el poder soviético más la electrificación de todo el país”. ¡La electricidad lo lograría! ¡Era la última palabra de la ciencia moderna! La electricidad transformaría la obstinada agricultura rusa. Era mucho mejor electrificar todo que elaborar un complicado plan general, que no era más que “charla ociosa”, “tediosa pedantería”, “ignorante vanidad”. Se interesó poco en el

Gosplan (1921), la nueva estructura de planeamiento, hasta que asignó la primera prioridad a la electrificación. Después, durante el reducido número de semanas que duró el último período de su actividad, se entusiasmó con el asunto. ¡Ahora sería posible construir grandes usinas eléctricas! De este modo comenzó un extraño culto, que ha persistido en la Unión Soviética hasta nuestros días, y que ha convertido al ingeniero especializado en la construcción de infraestructuras de producción de electricidad en la figura más apreciada de la sociedad soviética (al lado del diseñador de armas). El legado de Lenin fue un Estado policial sólidamente construido, rodeado por ruinas económicas. Pero él se fue a la eternidad soñando con la electricidad.

Las confiadas expectativas de Lenin acerca de los posibles alzamientos marxistas en los países industriales avanzados están sepultadas desde hace mucho. ¿Cómo hubieran podido tener éxito? La propia revolución leninista había sido posible solamente gracias a la existencia de un enorme movimiento inorgánico, pragmático y carente de dirección de los campesinos, un proceso que Lenin no comprendió y jamás se molestó en analizar. Sus colegas, los marxistas revolucionarios de Europa industrial no tuvieron la misma suerte. Además, hacia noviembre de 1918, cuando se presentó la oportunidad del cambio revolucionario en Europa central, la desalentadora experiencia de ingeniería social de Lenin —la quiebra económica, el hambre, la guerra civil y el terror masivo— ya era una terrible advertencia, ciertamente también para los socialistas más moderados. En realidad, los extremistas probaron la mano, y se quemaron en las llamas que ellos mismos encendieron. El 4 de noviembre de 1918, los marineros y los soldados alemanes se apoderaron de Kiel y formaron consejos obreros. Tres días después, el socialista de izquierda, Kurt Eisner, encabezó un alzamiento de la guarnición de Munich y derrocó al gobierno bávaro. Pero los socialdemócratas que asumieron el poder en Alemania cuando el káiser huyó no cometieron los errores de Kerenski. Su experto militar, Gustav Noske, apeló al ejército, que suministró un *Freikorps* de ex oficiales y suboficiales. La negativa de los leninistas a conquistar el poder por medios parlamentarios favoreció a Noske. El 6 de enero de 1919, los leninistas berlineses (que se autodenominaban espartaquistas) asumieron el poder en la ciudad. Noske marchó sobre la ciudad al frente de 2.000 hombres. Tres días después de ocuparla, Rosa Luxemburgo y su camarada Karl Liebknecht fueron asesinados por los ex oficiales encargados de llevarlos a la cárcel. También Eisner fue asesinado el 21 de febrero. Sus partidarios consiguieron ganar sólo tres bancas en las elecciones bávaras. Pese a ello fundaron una república comunista el 7 de abril; duró menos de un mes y fue destruida fácilmente por el *Freikorps*. Sucedió lo mismo en Halle, Hamburgo, Bremen, Leipzig, Turingia y Brunswick. Los comunistas no podían ganar elecciones ni ejercer con éxito la violencia.

Los vientos del cambio soplaban en una dirección un tanto distinta. Hacia la segunda mitad de 1919, nuevos tipos de “élites de vanguardia” estaban apareciendo en Europa. También eran socialistas. Marx figuraba a menudo en su panteón. Pero apelaban a algo más amplio que un “proletariado” abstracto que, misteriosamente, no atinaba a responder —en todo caso, como fuerza combatiente o electoral— y su dinámica colectiva no era tanto la clase como la nación, incluso la raza. También tenía en común un

agravio profundo e inmediato: la insatisfacción con el Tratado de Versalles. En Austria, uno de los principales perdedores, se denominaba *Heimwehren*. En Hungría, el más perjudicado de los grandes perdedores, el humor nacional no había mejorado después de la experiencia de una república comunista putativa, fundada en marzo de 1919 por Bela Kun, discípulo de Lenin. En agosto se desplomó en medio de fuego y sangre, y el espíritu de su sucesor fue cada vez más el de Julius Gömbös, un líder antisemita que se autodenominaba nacionalsocialista y clamaba apasionadamente a favor de la justicia, la venganza y una purga de "elementos extraños". En Turquía, que había perdido su imperio árabe y al parecer estaba perdiendo también su litoral occidental, Mustafá Kemal Pashá, que pronto sería "Ataturk", también proponía el nacionalsocialismo y ya estaba demostrando que un arreglo acordado en París no podía aplicarse en el terreno. También Italia, pese a que se había beneficiado mucho, tenía quejas contra Versalles: no había recibido la costa dálmata. El 11 de septiembre, el poeta y héroe de guerra Gabriel D'Annunzio encabezó una fuerza heterogénea de desertores del ejército y entró en el puerto de Fiume. Era una bravata impúdica, pero Gran Bretaña y Francia, custodios del enclave, retrocedieron (todo un presagio ominoso). También D'Annunzio era nacionalsocialista.

En Milán, Mussolini olfateó los nuevos vientos y llegó a la conclusión de que le agradaban, del mismo modo que cinco años antes había percibido el relente de la excitación bélica, y consideró que también lo complacía. El estallido de la guerra y su propia decisión de complicar a Italia en la contienda lo habían apartado del partido socialista oficial. Lo había convertido en nacionalista, no sólo en el sentido de la tradición izquierdista romántica de Mazzini, sino en la tradición predatoria de los antiguos romanos, cuyos *fasces*, convertidos en emblema extremista durante la Revolución Francesa, parecieron a Mussolini un símbolo útil, del mismo modo que Lenin había utilizado la hoz y el martillo de los antiguos socialdemócratas. Detestó a Lenin, que había retirado a Rusia de la guerra, y por lo tanto puso en peligro las conquistas prometidas a Italia. Exhortó a los japoneses a atravesar a Rusia con el mandato: "*Avanti, il Mikado!*" Hacia 1919, el fracaso de la política económica de Lenin lo apartó de la expropiación lisa y llana de la industria. Ahora aspiraba a usar y aprovechar el capitalismo en lugar de destruirlo. Pero de todos modos la suya sería una revolución radical, basada en el marxismo y el sindicalismo de la "élite de vanguardia" de preguerra (es decir, el gobierno de los obreros), un factor que sería hasta su muerte el ingrediente particular más importante de su política. Muchos otros jóvenes italianos compartieron su radicalismo, al mismo tiempo que abandonaban el internacionalismo. Este no había sido eficaz en 1914, cuando no pudo impedir la guerra, ni en 1917, cuando no respondió al llamado de Lenin a favor de la revolución mundial. Pero persistía el deseo de instalar una nueva Utopía económica.

El 23 de marzo de 1919, Mussolini y sus amigos sindicalistas fundaron un nuevo partido. Su programa incluía el apoderamiento parcial del capital financiero, el control del resto de la economía mediante consejos económicos corporativos, la confiscación de las tierras de la Iglesia y la reforma agraria, así como la abolición de la monarquía y el Senado. Al compilar esta lista, Mussolini citó a menudo a Kurt Eisner como modelo. Los pelotones de

combate de Eisner, a su vez imitación de los “hombres de chaqueta de cuero negro” de Lenin, fueron la inspiración de los *Fasci di Combattimento* de Mussolini. En efecto, Mussolini no había renunciado en absoluto a su adhesión al activismo violento, una inclinación que compartía con Lenin. Parafraseando a Marx, se comprometía a “hacer historia, no a soportarla”. Otra de sus citas favoritas era “*Vivre, ce n'est pas calculer, c'est agir*”. Su vocabulario era muy semejante al de Lenin, y abundaba en imágenes militares y en verbos enérgicos y violentos. Como Lenin, ardía en deseos de conseguir que la historia se moviese de prisa, de *velocizzare l'Italia*, como decían los futuristas del tipo de Marinetti. En efecto, irradiaba impaciencia y consultaba furioso su reloj, y la emprendía colérico contra los factores de retardo.

Pero Mussolini estaba cambiando. La figura delgada de expresión hambrienta había desaparecido al mismo tiempo que los cabellos. Sobre la cabeza calva había aparecido un enorme quiste, y en el mentón saliente y ahora carnoso tenía una ovalada verruga negra. Sus dientes exhibían el color del marfil viejo y estaban muy separados, un rasgo considerado de buena suerte en Italia. Era apuesto y vigoroso, y ya había iniciado la sucesión de episodios sexuales que lo llevarían a sumar 169 amantes. Era muy vano y ambicioso. Quería el poder, y lo quería ahora. El éxito de D'Annunzio lo convenció de que el extremismo, incluso el nacionalismo extremista, no era suficiente. Si el fascismo aspiraba al éxito, tenía que invocar la poesía, el drama y el misterio. Los marxistas italianos siempre se habían quejado en relación con ese aspecto del propio Marx; éste no entendía bien a los seres humanos. No hacía caso de la fuerza del mito, y sobre todo del mito nacional. Ahora que Freud había demostrado —y científicamente— el poder de las fuerzas sombrías y ocultas que impulsan a los individuos, ¿no es hora de analizar su influjo sobre el hombre-masa? D'Annunzio escribía acerca de “las terribles energías, el sentido de poder, el instinto de lucha y dominio, la abundancia de fuerzas productivas y fructificadoras, es decir, todas las virtudes del hombre dionisiaco, el vencedor, el destructor, el creador”. En Italia no escaseaban los mitos poéticos. Estaba el mito nacionalista del siglo XIX —el mito de Garibaldi y Mazzini— todavía enormemente poderoso; el mito de la *Realpolitik* de Maquiavelo (otro de los favoritos de Mussolini), y el mito aún anterior de Roma y su imperio, que esperaba se lo arrancase de su prolongado sueño y se lo movilizara con nuevas legiones. Como culminación de todo esto, debía considerarse el nuevo mito futurista, que inspiró a Mussolini la visión de una Italia socialista, no muy distinta de la Rusia electrificada de Lenin, en la cual “la vida llegará a ser más intensa y frenética, regida por el ritmo de la máquina”. Mussolini mezcló todos estos ingredientes volátiles para obtener su denso brebaje fascista, y lo condimentó con un toque vivificante de violencia: “No hay vida sin derramamiento de sangre”, como él mismo expresó.

Pero, ¿la sangre de quién? Mussolini era un hombre complejo, y en muchos sentidos ambivalente. A diferencia de Lenin, rara vez hacía el mal por determinación propia; casi siempre había que tentarlo en ese sentido, hasta que los prolongados años de poder y halagos atrofiaron casi por completo su sentido moral. No era capaz de iniciar un curso intencionado de violencia no provocada. En 1919-1920 ansiaba desesperadamente hallar una

causa por la cual combatir. Se refería con melancolía al fascismo como “el refugio de todos los herejes, la iglesia de todas las herejías”. Y entonces los socialistas apelaron a la violencia y le ofrecieron lo que necesitaba. El mentor de esta corriente era un frágil joven marxista llamado Antonio Gramsci, que provenía precisamente de la misma tradición intelectual que Mussolini: el marxismo, Sorel, el sindicalismo, el rechazo del determinismo histórico, la importancia del voluntarismo, la necesidad de impulsar hacia adelante a la historia asignando un papel de primer plano a la lucha, la violencia y el mito, más el pragmatismo maquiavélico. Pero si Gramsci era mucho más original que Mussolini, carecía del aplomo y la confianza en sí mismo que éste manifestaba. Era hijo de una familia sarda desesperadamente pobre. Su padre había sido encarcelado, y Gramsci, cuyos pulmones ya estaban afectados por el Mal de Pott, había comenzado una jornada de trabajo de diez horas a la edad de once años. Se asombró cuando su futura esposa se enamoró de él (y entonces le escribió algunas notables cartas de amor). Como no atinaba a verse en el papel de líder, extrajo de Maquiavelo, no un príncipe personal, como hizo Mussolini, sino uno colectivo. “El príncipe moderno, el príncipe mítico, no puede ser una persona real, un individuo concreto; puede ser únicamente una organización”.

De este modo, Gramsci se aferró al sindicalismo, cuando Mussolini se volvió hacia el romance y el drama, y predicó la ocupación de las fábricas. En 1920 los socialistas comenzaron a seguir su consejo, y poco después la bandera roja flameó sobre oficinas y talleres del país entero. No hubo un intento decidido de apoderarse del Estado. En efecto, los socialistas estaban divididos con respecto al problema de la táctica, y en enero de 1921 se produjeron escisiones, y el Partido Comunista (PCI) enfiló hacia la izquierda. La ocupación de fábricas aportó escasos resultados, salvo aterrorizar a la clase media. Como Enrico Malatesta advirtió a los moderados: “Si no avanzamos hasta el final, tendremos que pagar con lágrimas de sangre el miedo que ahora estamos provocando en la burguesía”. No hubo mucha violencia, pero sí la necesaria para ofrecer a Mussolini la excusa que necesitaba con el fin de emplear él mismo la violencia. Como en Alemania, los socialistas cometieron un error catastrófico al usarla. Según se ufanaba Mussolini, el leopardo fascista podía dar cuenta fácilmente del “ganado perezoso” de las masas socialistas.

Las “escuadras de acción” fascistas se formaron principalmente con ex soldados, pero reclutaban constantemente estudiantes y desertores de las aulas. Estaban mucho mejor disciplinadas y eran más sistemáticas que los socialistas, y coordinaban telefónicamente sus esfuerzos. A menudo contaban con el apoyo pasivo, e incluso activo, de las autoridades locales y los *carabinieri*, que allanaban una *casa del popolo* socialista, y después enviaban la señal a las escuadras, que la incendiaban. Los socialistas afirmaban que el fascismo era un partido de clase, y su terror una *Jacquerie borghese*. No es así; había millares de fascistas de la clase trabajadora, sobre todo en zonas como Trieste, donde podía invocarse un factor racial (ahí los socialistas eran sobre todo eslovenos). Precisamente en estas regiones marginales el fascismo obtuvo su primer apoyo de masas, para difundirse de manera gradual en el interior del país, en dirección a Bolonia, el valle del Po y la zona interior de Venecia. Mussolini, siempre sensible frente a la gente, advirtió prontamente

que Italia era una colección de ciudades, cada una distinta del resto, de modo que en cada caso había que tocar de oído. A medida que se internó en el país, la clase media representó un papel más importante. El fascismo comenzó a atraer intensamente a la juventud acomodada. Uno de los reclutas más importantes y peligrosos fue Italo Balbo, quien a la edad de veinticinco años aportó a Mussolini su ciudad natal, es decir Ferrara, y pronto se convirtió en el jefe de la milicia fascista y fue, de lejos, el más cruel y eficiente de los *condottieri*. En 1921 atravesó Italia central, como uno de los Borgia, dejando detrás las ruinas humeantes de los locales sindicales y un reguero de cadáveres. Balbo fue quien antes que nadie aterrorizó a la Italia *bien pensant*, induciéndola a creer que el fascismo podía ser una fuerza irresistible.

Aterrorizó incluso a Mussolini, a quien siempre desagradó la violencia en gran escala, y sobre todo la violencia por la violencia misma, y que escribió y habló contra ella. Pero la expansión del fascismo, que en mayo de 1921 lo llevó al Parlamento, lo mismo que a treinta y cinco diputados más, también lo convirtió, como a otros ex socialistas, en una minoría en el seno del movimiento. A cambio de ser designado *Duce*, aceptó la violencia, y 1922 fue el año del terror fascista. En efecto, las autoridades fueron cómplices de la campaña, mientras un ejército partidario privado iniciaba un proceso de conquista interna. En una ciudad tras otra los municipios fueron asaltados, los consejos socialistas expulsados mediante la fuerza, y se exoneró a los prefectos locales que deseaban usar a la policía para oponerse a la ilegalidad fascista. Los parlamentarios no pudieron ponerse de acuerdo para formar un gobierno fuerte dirigido por Giolitti, que habría destruido a Mussolini —el *Duce* no había luchado contra el Estado—, porque el Vaticano impidió eficazmente que los partidos influidos por la iglesia y los socialistas moderados se uniesen. El nuevo Partido Comunista (como más tarde en Alemania) en realidad abrigaba la esperanza de que se estableciera un régimen fascista, porque creía que su instauración desencadenaría una revolución marxista. Cuando en julio de 1922 Balbo se apoderó de Ravena, los socialistas respondieron convocando a una huelga general que fue un desastroso fracaso.

Italia no era un país feliz ni estaba bien gobernado. Padecía de una terrible pobreza, de la más elevada tasa de natalidad en Europa y, después de Alemania, de uno de los más elevados índices de inflación. El *risorgimento* había decepcionado, en lugar de traer la tierra prometida. La guerra y sus victorias habían dividido a Italia en lugar de unificarla. El régimen parlamentario exhibía una grave corrupción. La monarquía no suscitaba afecto. El Estado mismo se había enfrentado con la Iglesia a partir de 1871, y los domingos soportaba críticas desde todos los púlpitos. Los servicios públicos estaban desintegrándose. Había sincero temor al Terror Rojo, pues los periódicos católicos traían abundantes noticias acerca de las atrocidades de Lenin y el hambre en Rusia. No se identificaba personalmente a Mussolini con la violencia. Por lo contrario, a los ojos de muchos parecía el hombre indicado para contenerla. Se había convertido en un maravilloso orador público. Había aprendido de D'Annunzio el don de mantener un diálogo casi operístico con la multitud. (“*A chi l'Italia?*” “*A noi!*”) Pero no era un mero demagogo. Sus discursos se especializaban en las amplias reflexiones filosóficas tan apreciadas por los italianos. Los liberales, de Benedetto Croce

para abajo, asistían a sus mítines. A principios del otoño de 1922, su oratoria había adquirido el acento confiado del estadista. Ahora mantenía contacto secreto con el palacio, el Vaticano, el ejército, la policía y las grandes empresas. Y todos deseaban saber. ¿Qué quería? Lo dijo en Udine, en el último de una serie de discursos importantes difundidos a todo el país. “Nuestro programa es sencillo: Queremos gobernar a Italia”. Gobernaría a Italia como nunca se lo había hecho desde los tiempos romanos: con firmeza, equidad, justicia, honestidad y sobre todo eficiencia.

El 16 de octubre de 1922, Mussolini decidió forzar la situación; creía que si esperaba a Giolitti, el hombre a quien temía, podía robarle el rol para el que se sentía destinado. Organizó una marcha sobre Roma para los últimos días del mes, a cargo de cuatro divisiones con un total de 40.000 camisas negras. Muchos comandantes militares y policiales prometieron que no dispararían sobre ellos, y el periódico de Mussolini, *Il Popolo d'Italia*, traía este titular: *I grigioverdi fraternizzano con le Camicie Nere!* A lo largo de su vida, Mussolini mostró una capacidad permanente para mantener un equilibrio inestable entre la grandeza y la farsa. La tarde del 28 de octubre, cuando su ejército mal vestido, mal equipado y mal alimentado se detuvo en las afueras de Roma, no ofrecía un espectáculo muy formidable. Aunque débil, el gobierno tenía en Roma una guarnición de 28.000 hombres bajo la dirección de un comandante de confianza, y aceptó proclamar el estado de emergencia. Pero en Roma se difundían los rumores y abundaban las informaciones erróneas. Al pequeño rey Víctor Manuel, encerrado en el Palacio del Quirinal, se le informó que disponía de sólo 6.000 soldados para enfrentar a una horda de 100.000 fascistas decididos. Se dejó dominar por el pánico y rehusó firmar el decreto, de modo que fue necesario arrancar el papel de las paredes donde ya se lo había pegado. En ese momento el gobierno se desalentó.

Por tratarse de un hombre impaciente, Mussolini jugó sus cartas con mucho cuidado. Cuando el general Cittadini, edecán del rey, le telefoneó a Milán y le ofreció el poder parcial en un nuevo ministerio, Mussolini se limitó a cortar la comunicación. Al día siguiente, 29 de octubre, consintió graciosamente en formar su propio gobierno, si se confirmaba por telegrama la invitación telefónica. A su debido tiempo llegó el cable, y esa noche se dirigió ceremoniosamente a la estación de Milán, ataviado con su camisa negra, para abordar el tren nocturno que debía llevarlo a Roma. Lady Sybil Graham, esposa del embajador británico, viajaba en el mismo tren. Vio a Mussolini, rodeado por funcionarios, que consultaba impaciente su reloj y se volvía irritado hacia el jefe de la estación. “Quiero que el tren salga exactamente de acuerdo con el horario”, dijo. “En adelante, todo debe funcionar a la perfección”. Así nacieron el régimen y su leyenda.

Durante la última década de su vida, Mussolini se convirtió en una figura cada vez más trágica, incluso grotesca. Cuando se examina ese período desde la perspectiva del momento actual, resulta difícil comprender que, desde fines de 1922 y hasta mediados de la década de 1930, todos lo juzgaron una pieza formidable sobre el tablero europeo. Una vez que asumió el poder, no cometió ninguno de los errores evidentes de Lenin. No creó una policía secreta ni disolvió el parlamento. La prensa preservó su libertad, los

jefes opositores continuaron en actividad. Hubo algunos asesinatos, pero en menor número que antes del golpe. Se convirtió en órgano oficial al Gran Consejo fascista, y se legalizó a los camisas negras, de manera que prevaleció una atmósfera de amenaza en las elecciones de abril de 1924, que dieron una gran mayoría a los fascistas. Pero Mussolini se vio en el papel de jefe nacional más que partidario. Según afirmó, gobernaba apoyándose en el consenso tanto como en la fuerza. Se manifestaba en él no tanto la voluntad de poder como la voluntad de desempeñar el cargo. Deseaba retener su puesto y convertirse en un hombre respetable; ansiaba ser amado.

En 1924, el asesinato de Giacomo Matteoti, el más enérgico de los diputados opositores, destruyó estas ilusiones. En general, se atribuyó la responsabilidad a Mussolini. Antes se había asesinado a algunos diputados, y llama la atención que este crimen provocase tanta furia en Italia e impulsara a tantos extranjeros a fruncir el ceño. Perjudicó mucho a Mussolini, en algunos aspectos de manera permanente, y se convirtió para él en una suerte de Rubicón, porque cortó los vínculos que aún lo unían a los socialistas y los liberales, y los empujó a los brazos de sus propios extremistas. En una mezcla muy característica de extremismo y arrogancia, anunció el comienzo del fascismo en un notorio discurso pronunciado el 3 de enero de 1925. Los periódicos opositores quedaron prohibidos. Los jefes de la oposición fueron confinados en una isla. Como dijo Mussolini, la oposición a la nación monolítica era superflua; —podía encontrar todo lo que necesitaba en sí mismo y en la resistencia de las fuerzas objetivas— un juego de palabras que el propio Lenin habría envidiado. Concibió una resonante fórmula totalitaria, muy citada, admirada y vilipendiada entonces y después: “Todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada contra él”. Se dictó una serie completa de “leyes fascistas”, algunas constitucionales, otras punitivas y otras positivas; las últimas fueron las *Leggi di riforma sociale*, destinadas a promover el nacimiento del Estado corporativo.

Pero siempre hubo algo nebuloso en el fascismo italiano. Sus instituciones, por ejemplo la Carta del Trabajo, el Consejo Nacional de las Corporaciones y otras, al parecer, nunca arraigaron bien en la Italia real. Mussolini se vanagloriaba: “Controlamos las fuerzas políticas, controlamos las fuerzas morales, controlamos las fuerzas económicas. Por lo tanto, estamos en el centro del Estado fascista corporativo”. Pero se trataba de un Estado construido con palabras más que con hechos. Después de todo, si la definición totalitaria de Mussolini representaba la realidad, ¿cómo podía llegar a un acuerdo con la Iglesia, que ciertamente estaba “fuera del Estado”, e incluso firmaron un concordato con el Vaticano, algo que ninguno de sus predecesores parlamentarios había conseguido? Cierta vez definió el fascismo como “una democracia organizada, concentrada y autoritaria sobre una base nacional”. Sí, pero ¿qué perseguía esa concentración de autoridad? Uno intuye que Mussolini era un fascista renuente porque en el fondo continuaba siendo marxista, aunque herético; de modo que a sus ojos la “revolución” carecía de sentido si no incluía la expropiación en gran escala, un paso que la parte principal de sus partidarios y colegas no deseaba. De manera que la Utopía fascista tendía a diluirse, y restaba solamente el despotismo. Todavía en 1943, un momento antes del derrumbe, un artículo publicado en *Critica fascista* por el joven militante Vito Panunzio, afirmaba

que el régimen aún podía triunfar si al fin promovía la “revolución fascista”. A esa altura de las cosas, Mussolini ejercía un poder aparentemente dictatorial desde hacía más de dos décadas.

Pero si Mussolini no podía practicar el fascismo, y ni siquiera lograba definirlo con precisión, esta corriente parecía igualmente desconcertante para sus antagonistas, y sobre todo para los marxistas. Los cultos liberales anglosajones podían desecharlo porque lo consideraban un nuevo y poco serio tipo de dictadura, menos sangrienta que la leninista, y mucho menos peligrosa para la propiedad. Pero a los ojos de los marxistas se trataba de algo mucho más grave. A mediados de la década de 1920 había movimientos fascistas en Europa entera. Uno de los rasgos que estos movimientos tenían en común era el más activo anticomunismo. Combatían a la revolución con medios revolucionarios y enfrentaban a los comunistas en las calles con sus propias armas. Ya en 1923, el régimen campesino búlgaro de Aleksandr Stamboliski, que practicaba el “comunismo agrario”, fue derrocado por un *putsch* fascista. El Comintern, la nueva organización internacional creada por el gobierno soviético, con el fin de difundir y coordinar las actividades comunistas, llamó a los “trabajadores del mundo” a protestar contra “la victoriosa camarilla fascista búlgara”, y así por primera vez reconoció que el fascismo era un fenómeno internacional. Pero, ¿de qué se trataba exactamente? En Marx no había nada específico al respecto. Se había desarrollado demasiado tarde para que Lenin lo incorporase en su marcha de la Historia. Era impensable admitir su verdadera naturaleza, una herejía marxista, de hecho una modificación de la propia herejía leninista. En cambio, había que armonizarlo con la historiografía marxista-leninista, y por lo tanto demostrar que no era un presagio del futuro sino un perverso estertor de la moribunda época burguesa. Así, después de muchas cavilaciones, en 1933 se elaboró una definición soviética oficial: el fascismo era “la dictadura terrorista desembosada de los elementos más reaccionarios, chovinistas e imperialistas del capital financiero”. Esta evidente tontería fue necesaria a causa del fracaso del marxismo “científico” cuando llegó el momento de predecir el fenómeno político más sorprendente del período que medió entre las guerras.

Entretanto, la Italia de Mussolini era ahora un hecho empírico, exactamente como la Rusia de Lenin, e invitaba al mundo a estudiarlo, quizá con vistas a imitarlo o a evitarlo. El historiador de los tiempos modernos percibe constantemente la interacción cada vez más rápida de los hechos políticos en lugares muy separados unos de otros. Era como si el desarrollo de la radio, el sistema telefónico internacional, los diarios de circulación masiva y los viajes rápidos estuvieran originando una concepción nueva de un totalismo social y político que correspondía a las nuevas percepciones científicas del universo y la materia. De acuerdo con el Principio de Mach, formulado en un primer momento a comienzos del siglo y después reformulado como parte de la cosmología de Einstein, sucede no sólo que el universo como un todo influye sobre los hechos terrestres locales, sino que los hechos locales influyen, aunque sea en mínima medida, sobre el conjunto del universo. La mecánica cuántica, desarrollada durante la década de 1920, indicó que el mismo principio se aplicaba al plano de las microcantidades. No existían unidades independientes, que florecieran al margen del resto del universo. El “espléndido aislamiento” ya no era una política que los Estados pudiesen aplicar,

como incluso Estados Unidos lo había reconocido implícitamente en 1917. Muchos dieron la bienvenida a este proceso, y vieron en la Liga de las Naciones una respuesta a algo que, según creían, era un hecho nuevo y positivo de la vida. Pero las consecuencias del totalismo político global eran temibles al mismo tiempo que promisorias. La metáfora de la enfermedad era apropiada. La Peste Negra de mediados del siglo XIV había emigrado en el curso de más de cincuenta años, y nunca había llegado a ciertas regiones. El virus de la influenza de 1918 había recorrido el mundo en algunas semanas y penetrado casi por doquier. El virus de la fuerza, el terror y el totalitarismo podía llegar a ser igualmente ubicuo y veloz. Estaba firmemente arraigado en Rusia. Y ahora en Italia. Si Lincoln Steffens podía detectar un futuro viable incluso en la Moscú de Lenin, ¿qué no podía discernirse en la Roma totalitaria? Mussolini no podía o no quería conjurar una nueva civilización fascista a partir de sus nebulosas fórmulas verbales. Pero lo que se sentía inclinado a hacer, y de lo que se creía capaz, era la realización de grandes proyectos de construcción. Atacó la malaria, que entonces era el grave azote que debilitaba a Italia central y meridional. El drenado de las Marismas Pontinas fue una realización práctica considerable, así como un símbolo de la energía fascista. Mussolini alentó a Balbo, que era un hábil piloto, a organizar una gran industria aeronáutica, que conquistó muchos premios internacionales. Otro caudillo fascista, el financista veneciano Giuseppe Volpi, creó un espectacular cinturón industrial en Mughera y Mestre, en tierra firme. En su carácter de Ministro de Finanzas también revaluó la lira, que se convirtió en una moneda relativamente fuerte. Los servicios ferroviarios, postales y telefónicos mejoraron considerablemente. No hubo huelgas. La corrupción persistió, quizá se acentuó, pero fue menos ostensible y llamó menos la atención. En Sicilia la Mafia no fue destruida, pero se la obligó a pasar a una verdadera clandestinidad. Sobre todo, no hubo más violencia en las calles. Algunos de estos resultados fueron ficticios, y otros a la larga perjudiciales. Pero en conjunto parecieron impresionantes a los ojos de los extranjeros, de los turistas y de muchos italianos. En Italia no estaba realizándose una Utopía, pero en comparación con la hambrienta y aterrorizada Rusia, el espectáculo era impresionante. Desde el punto de vista de los que vivían al norte de los Alpes, y que rechazaban por igual el bolchevismo del Este y el liberalismo del Oeste, el renacimiento italiano parecía representar un tercer camino.

© 1983 by Paul Johnson

© 1988 by Javier Vergara Editor S.A.

San Martín 969 / Buenos Aires / Argentina

ISBN 950-15-0847-1